LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .S65
Solidaridad.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/solidaridad2161unse

Solidaridad

16

Enero 1945

Año Nuevo

ENTRE estampidos de bombas y de corchos de champaña, entre pitos y flautas, plegarias y blasfemias, cabrilleos de lujuria y bayonetazos de guerra comienza el año de gracia de 1945. La muerte y la estupidez humana siguen gloriosamente su danza.

(Escribimos estos renglones al filo del 1945, sin padecer escalofríos fetichistas por el cambio cronológico, pero un poco asqueados de la vida —¡para qué lo vamos a disimular!— y otro poco descorazonados, pues no vislumbramos la más mínima solución a las inquietantes incógnitas que nos trae el nuevo año).

No nos pidan impresiones sobre nuestra política doméstica. No diremos una sola palabra, y es lo mejor que podemos hacer. Iam foetet. Veamos pues por sobre las tapias el panorama exterior.

LA GUERRA

Está pareciéndose a aquella endiablada danza de la indiada, en la cual dentro de un coto cerrado de lanzas, para que no pudieran evadirse con vida, giraban los danzantes hasta morir de extenuación logrando triunfar aquel que conquistaba el record de resistencia al frenesí. El indio vencedor en ese baile demoníaco salía de allí triunfante y con vida, pero era para entrar en la agonía larga del postriunfo tocándole de esta suerte la peor parte en la jugada. ¡Vaya un triunfo el triunfo de esta guerra!

¿Qué le preguntamos a 1945?

1. *Si triunfan las democracias ¿cómo combinará la democracia norteamericana, por ejemplo, con la democracia rusa en el gran abrazo que Stalin y Roosevelt prometen darse en el corazón de Alemania?*

2. *Suponiendo que combinan de algún modo ¿qué responderán las naciones vencedoras a Polonia cuando ésta justamente se querelle de haber sido expoliada por Rusia? Porque no podemos olvidar que los aliados declararon la guerra a Alemania por haber ésta invadido a Polonia.*

3. *Si los aliados guerrean, como sus cabezas cantan en todos los discursos, para extirpar del mundo el despotismo totalitario al día siguiente del triunfo sobre Alemania ¿empezarán una guerra diplomática contra Rusia, la verdadera triunfadora, para matar su comunismo no menos despótico, guerra diplomática que más tarde o más temprano terminará en la nueva matanza prevista por Gerald Nye en el senado de Wáshington para dentro de veinte o quizás de diez años?*

LAS GUERRILLAS

Nuevas incógnitas que en su seno trae el año nefastamente iniciado:

1. *Tras la guerra ecuménica ¿se arrojarán los pueblos a guerrillas domésticas, cual está acaeciendo en Grecia, y un poco en Francia y en Italia? ¿Fer-*

mentará el comunismo poco o mucho que llevan en sus vísceras todas las naciones?

2. La feroz operación que padece el mundo tendido en la mesa operatoria de los campos europeos ¿revelará que el cáncer comunista prendido a la entraña es incurable, y que por lo tanto después de la bárbara carnicería no queda más por hacer que terminar pronto, para que la civilización occidental muera ilusionada y contenta librada a la voracidad de la pústula que le queda en medio del vientre regada con sangre?

3. La Argentina, nuestra Argentinita idolatrada, convertida a esta hora en billetera de supercapitalistas mundiales que especulan de lo lindo, en medio la alharaca y el dolor humano; la Argentina, esta santita de los Congresos Eucarísticos, del lesser faire, de las decenas de beneficencia y de las comodonas caridades sociales ¿cree que tiene la entraña sana y que, si escapa al zamarreo de solapas prometido por los yanquis, escapará a la descomposición intestina que la pudre por dentro? Nos lo dirá 1945.

LA EUFORIA DIRIGIDA

Los dirigentes de la guerra y los pensadores de la paz gastan la radio y la prensa en una formidable campaña de euforia dirigida. La consigna parece ser: "sembrar optimismo". Aquí no ha pasado nada. Nace un mundo y un orden nuevos. No prometen otra cosa los cirujanos cuando cosen el vientre dejando intacto adentro el cáncer. (Y, perdonen, demos vueltas al símil. No hallamos otro más propio). Bien. Engañémosnos. Juguemos. Bebamos sidra. Son las 24. Gocemos de la euforia dirigida y de la esperanza jamás perdida por el pustuloso. Mañana sonaremos. Sí, puristas, "iremos muertos". No por nada goza la masa de una mentalidad india fácil de ser engañada con cualquier patraña. Creamos nomás que de la guerra brotará un mundo nuevo, lleno de caridad, pureza, sobriedad en el disfrute de la vida, amor al trabajo, integridad de la familia, de la familia deshecha por matanzas físicas y por matanzas morales. ¡Vean cómo andan por acá las mujeres, madres incluso, ligeras de polleras y pudor; y ¡viva el optimismo dirigido!

EL ULTIMO MENSAJE

En los epilépticos años de demagogias, rearmes, verborreas parlamentarias, balandronadas internacionales, irredentismo e inconsciencia que prepararon la formidable matanza, Pío XII arrojó trepidante al éter su primer Mensaje de Navidad. Era la voz del que clama en el desierto, Los pueblos no lo escucharon sino que prefirieron lanzarse al asesinato. ¡Si pudieran andar ahora a redrotiempo hasta el fatal septiembre de 1939, *cuando el nervioso anciano vaticano predecía catástrofes, de seguro que los grandes del mundo no desoirían su voz!*

Otra vez más ha hablado, en la pasada Navidad, reclamando para el gobierno de las naciones una democracia verdadera, *que concilie la libertad y el orden y nos exima a los hombres del despotismo y del libertinaje. En la alocución a los Cardenales predice que tras la guerra, como nunca quizás en toda la historia, "el bien y el mal se hallarán estrechamente mezclados". En torno a una mesa, lo estamos viendo, se sienta el ángel y la bestia, en un mismo escaño del templo se doblegan el farsante y el sincero, y en un mismo texto pontificio se documenta el liberalista laicizante y el tiranuelo totalitarizante. Dios nos libre del frenesí a que nos estamos arrojando en masa, rotos los puentes con el pasado, anhelando beber hasta los bordes el placer que se nos escapa.*

H. B.

Solidaridad

Año II
N.º 16
Enero de 1945

REVISTA MENSUAL
ADMINISTRACION:
SARMIENTO 412 - Piso 1.º
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

Solidaridad Interamericana Argentina en 1944

La política internacional argentina, durante el año que acaba de espirar, por una parte ofrece aspectos halagüeños, y por otra no puede ocultar flancos abiertamente amenazados. Nuestra situación internacional, por lo tanto, es incierta. Somos los argentinos optimistas y advertimos que a lo largo de nuestra historia no ha faltado una bondadosa estrella que ilumine los pasos de nuestra política continental. Indiscutiblemente hemos sido más venturosos en la política exterior que en la interior.

De ésta última nos hemos propuesto no decir una sola palabra. Consideremos entonces, haciendo balance del año y rendición de cuentas, el comportamiento internacional argentino y su contribución a la solidaridad del continente.

LO QUE FIRMO LA ARGENTINA

Revisemos documentos.

En 1938, en la VIIIª Conferencia Continental realizada en Lima propuesta por el delegado argentino y con las modificaciones presentadas por Perú y Estados Unidos, se firmó la Declaración siguiente:

Para el caso de que la paz, la seguridad o la integridad territorial de cualquiera de las repúblicas americanas se vea amenazada por actos de cualquier naturaleza que puedan menoscabarlas, proclaman su interés común y su determinación de hacer efectiva su solidaridad, coordinando sus respectivas voluntades soberanas, mediante el procedimiento de consulta."

Igualmente la Argentina suscribió en dichas circunstancias la llamada *Declaración de Lima*, en la que se establece el fundamento del Régimen de Conferencias Consultivas:

4º *Que para facilitar las consultas que establecen éste y otros instrumentos americanos de paz, los ministros de relaciones exteriores de las repúblicas americanas, celebrarán cuando lo estimen conveniente y a iniciativa de cualquiera de ellos, reuniones en las diversas capitales de las mismas, por rotación, y sin carácter protocolar.*

En 1940, la Segunda Conferencia Consultiva, tenida en La Habana, especificó en su Declaración XV:

Todo atentado de un estado no americano contra la integridad o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o independencia política de un estado americano, será considerado como un acto de agresión contra los estados que firman esta declaración...

Los estados signatarios de la presente declaración consultarán entre sí para concertar las medidas que convengan tomar.

Con respecto a la "Declaración de Lima", antes mencionada, determinóse más el procedimiento que se adoptaría en las Conferencias Consultivas:

1º *El gobierno que desee promover la consulta, en cualquiera de los casos previstos en las convenciones, declaraciones y resoluciones de las Conferencias Interamericanas, y proponer una reunión de los ministros de relaciones exteriores o de sus representantes, deberá dirigirse al Consejo Directivo de la Unión Panamericana, indicando los asuntos sobre los cuales desea que verse la consulta, así como la fecha aproximada en que ha de celebrarse la reunión.*

2º *El Consejo Directivo transmitirá inmediatamente la solicitud, junto con la lista de los temas sujeridos, a los demás gobiernos miembros de la Unión, y solicitará las observaciones y sujestiones que los respectivos gobiernos desearen presentar.*

En 1942, en la Tercera Conferencia Consultiva, realizada en Río de Janeiro, la Argentina también suscribió las siguientes resoluciones:

Las Repúblicas americanas se reafirman en su declaración de considerar todo acto de agresión de un estado continental contra una de ellas como acto de agresión contra todas, por constituir una amenaza inmediata a la libertad e independencia de América. Las repúblicas americanas reafirman su completa solidaridad y su determinación de cooperar todas juntas para su protección recíproca hasta que los efectos de la presente agresión al continente hayan desaparecido.

La resolución tercera, posiblemente la más discutida y la de mayores alcances, dice así:

Las repúblicas americanas, siguiendo los procedimientos establecidos por sus propias leyes y dentro de la posición y circunstancias de cada país en el actual conflicto continental, recomiendan la ruptura de sus relaciones diplomáticas con el Japón, Alemania e Italia, por haber el primero de estos estados agredido, y los otros dos declarado la guerra a un país americano.

Las resoluciones siguientes recomiendan cortar todas las comunicaciones radiotelegráficas con los países del Eje, suspender el intercambio comercial y financiero con ellos, intensificar la lucha contra el espionaje, etc.

He aquí los documentos que más han influído en la política de 1944.

¿HA CUMPLIDO NUESTRA CANCILLERIA SUS COMPROMISOS?

La Argentina manifiesta oficialmente haber cumplido.

Ya el gobierno del Dr. R. S. Castillo, por decreto del 9-12-1941, (2 días después de la agresión japonesa a Norteamérica, manifestó su posición solidaria con las naciones americanas. Los decretos y resoluciones posteriores, que sería prolijo enumerar, fueron dando forma a lo que hoy constituye *la posición argentina.*

Esto ha de tenerse muy en cuenta: Nunca confundió nuestra Cancillería la palabra: recomendación, con el concepto de obligación inmediata; ni la palabra: panamericanismo, con el concepto de Unión estable política o militar de los Estados de América. No rompió relaciones con el Eje hasta enero de 1944, antes de haberse cumplido un año de que Chile hiciera lo propio. Y hasta el momento actual no creyó conveniente declarar la guerra al Eje, tal como, según los propios intereses y sin mediar pacto alguno, lo han hecho otras naciones de América.

La solidaridad americana ha sido mantenida pues y fomentada de palabra y de obra. Así lo afirmó el Canciller argentino en su declaración oficial de 27 de julio. Pero hizo una aclaración:

Concebimos el panamericanismo como un movimiento de aproximación espiritual y de colaboración económica. Consideramos que su alcance político se ha limitado a la solidarizante situación de emergencia en caso de agresión. No somos partidarios de la celebración de alianzas permanentes de carácter político-militar.

Esta labor argentina de aproximación espiritual fácilmente se comprueba recordando las frecuentísimas embajadas culturales o científicas a las naciones americanas, las exposiciones en el exterior, etc. Y como símbolo de la máxima aproximación espiritual de la mayor solidaridad posible realizóse el Congreso Eucarístico Nacional, al que asistieron 28 Obispos de las naciones hermanas y gran cantidad de peregrinos extranjeros, que en comunidad con sus hermanos argentinos proclamaron su unidad espiritual en Cristo-Eucaristía, bajo la obediencia al Papa.

En lo que a colaboración económica se refiere, las siguientes cifras pueden transparentar la realidad de los hechos:

Con relación a los Estados Unidos (U. P. Wáshington, 13-XII-44) en mayo de 1944 y según el último informe oficial dado en Estados Unidos, la Argentina importó de ese país el 50 % de lo que importó en igual período en 1939; o sea la mitad. Y exportó a dicha nación el 300 % de lo que había hecho en 1939, o sea tres veces más.

Algo semejante podría decirse con respecto a las demás naciones americanas.

Se sabe asimismo que el envío de productos a Inglaterra y a Sud-Africa es activísimo. Nuestra nación tiene congelados en Estados Unidos varios cientos de millones de pesos. En Inglaterra casi 1.000 millones. El capital norteamericano en la Argentina asciende a 800 millones. El inglés a 5.000 millones, mientras que el alemán se eleva apenas a unos 100 millones.

Pese a todo esto hubo *un dedo delator,* que nos señaló al mundo como inobservantes de nuestros compromisos. Cosa extraña. La Argentina que según Londres, siempre ha cumplido sus obligaciones financieras con una exactitud tal que otras naciones *ni siquiera han soñado imitar,* es acusada de incumplimiento de los tratados firmados con las naciones americanas.

¿Quién puede dilucidar la cuestión? ¿Un Secretario de Estado en rueda de periodistas? ¿Un articulista anónimo en el editorial de un diario irresponsable? ¿La prensa dirigida, instrumento de los intereses económicos del supercapitalismo neoyorquino?

LA ARGENTINA ANTE AMERICA

El alcalde de Nueva York, Mr. Fiorello de la Guardia, propuso el año pasado que se tomase a la Argentina por las solapas y se la sacudiese. El método, poco democrático en sí, no fué practicado sino en muy pequeña escala: congelación del oro argentino en Norteamérica, prohibición de recalar en Buenos Aires a los seis o siete barcos norteamericanos que normalmente ocupaban nuestro puerto, consejo oficial de no invertir capitales en la Argentina, y poco más. Pero sirvió para que nuestra cancillería, al constatar la actitud hostil de varias naciones americanas y valiéndose del instrumento legal que la Unión Panamericana tiene establecido para casos similares, convocase, el 27 de octubre, una Reunión de Cancilleres, para tratar la posición internacional argentina y *asegurar la concordia y el respeto mutuo entre las naciones del continente.*

Dice entre otras cosas el Memorandum:

El gobierno argentino tiene el honor de informar que ha solicitado en la fecha al Consejo Directivo de la Unión Panamericana la convocatoria de una reunión de Cancilleres, a fin de considerar la situación creada. En esta reunión todos los países americanos sin excepción, tendrían oportunidad de exponer sus puntos de vista. Dispondrían así de todos los elementos de juicio indispensables para actuar con pleno conocimiento de causa.

Un correcto planteo del problema, sólo podría tener en cuenta los hechos externos que marcan la conducta internacional de un país y no las presuntas intenciones atribuibles a unos o a otros...

Según se acaba de expresar, este gobierno acogería con espíritu cordial cualquier iniciativa tendiente a acentuar la colaboración entre las naciones del continente. Pero juzga que en ningún caso la adopción de medidas de orden interno, relacionadas con el régimen jurídico e institucional del país, podrán ser materia de negociaciones internacionales. Ello significaría un peligroso antecedente para el respeto recíproco que se deben entre sí los Estados.

La argumentación no puede ser más sencilla: La Argentina pertece a la Unión Panamericana; es así que cualquier miembro de la misma puede convocar una reunión de Cancilleres; luego la Argentina puede hacerlo. Y como el tema de la política interna de un país no puede ser objeto de negociaciones internacionales, si el cambio de política interna no modifica la posición internacional sino que es asunto propio de cada nación soberana; luego tal tema no ha de ser ventilado en dicha reunión.

Veamos cómo interpretaron el Memorandum las naciones de América.

AMERICA ANTE LA ARGENTINA

Han transcurrido dos meses del envío de la nota argentina, y las declaraciones oficiales al respecto, han sido pocas o indecisas. La posición más clara ha sido la de Colombia, la cual en colaboración con Venezuela y Ecuador, dió un comunicado, el 31 de octubre, anunciando que

se halla bien dispuesta para asistir a la reunión de cancilleres, considerándola justificada y útil.

Como no progresase el pedido argentino, dió un nuevo comunicado el 10 de diciembre, que dice entre otras cosas:

Hallándose interrumpidas las relaciones entre la Argentina y la gran mayoría de los países del hemisferio, no pueden aplicarse los medios diplomáticos usuales. Sólo resta el recurso invocado por la Argentina, que reconoció a los estados americanos la facultad de provocar consultas. Por lo tanto si, como entiende Colombia, el gobierno argentino ha ejercitado del derecho de solicitar una reunión, no podrá negársele participación en ella mientras no hayan sido oídas y no aceptadas sus explicaciones. Iniciar conversaciones informales sobre la materia cuando se ha recibido la demanda de la Argentina a presentar sus descargos, sería evidentemente un retroceso en la vía de las soluciones efectivas.

Las *"soluciones medias"* de que habla Colombia (v. gr. celebrar reuniones previas sin la participación de la Argentina) fueron propuestas por Méjico, Panamá, Uruguay, etc., y destinadas evidentemente a hacer fracasar la propuesta solidaria argentina de la reunión de cancilleres.

Hasta el momento de escribir estas cuartillas, 20-XII-44, solo cinco naciones han enviado sus respuestas a la Unión Paramericana.

La posición oficial de Estados Unidos, de la mayoría de los países de América es de espectativa. Internacionalistas, ex-presidentes y ex-cancilleres, han dado su opinión acerca de la legalidad del pedido argentino, inclinándose por lo general a que la conferencia debería realizarse.

COMENTARIOS PERIODISTICOS

Los hay de todo color.

La Prensa chilena acogió con entusiasmo la propuesta argentina.

La Prensa brasileña, con mucha frialdad.

En Norte América los comentarios periodísticos no son acordes.

Transcribimos, bajo la exclusiva responsabilidad de las agencias respectivas, los textos más interesantes:

Herald Tribune, en 31 de octubre, escribía:

La política de no-reconocimiento con respecto a la argentina tuvo un comienzo lento. Desgraciadamente la base del Departamento de Estado para su acción, era tal que podía ser fácilmente minada por los actos puramente formales del gobierno argentino, y en el mejor de los casos, estaba predestinada a hacerse más vacilante a medida que progresaba la guerra. Por otra parte, el peligro intrínseco que representaba la Argentina difícilmente podía encararse con la actual organización panamericana, por su fuerte énfasis de soberanía individual y no ingerencia.

Por lo tanto, si bien el Departamento de Estado estuvo acertado al reconocer el peligro, no pudo lograr del resto del hemisferio el apoyo concentrado y sólido que hubiera dado eficiencia a la acción diplomática contra la Argentina. Los estados que imitaron remisamente a este país en negarse a reconocer el actual régimen de la Argentina, buscan ahora la manera de salir del paso, poniendo a los Estados Unidos fren-

te a la posibilidad de sufrir una pública repulsa en una conferencia pública, a menos que se encuentre alguna fórmula de transación.

Esta es una perspectiva desagradable, pero la unidad superficial del hemisferio no es ya una necesidad urgente. Sería mejor tener una discusión franca de los problemas del hemisferio en un debate abierto que continuar el actual curso de corteses evasivas...

El Boletín Semanal de la Asociación Política Exterior, Nueva York, 30 de noviembre, predice que la conferencia no se celebrará; y "*si se celebra, será sin representación argentina ni salvadoreña, pues ninguno de estos dos gobiernos ha sido reconocido por la mayoría de los otros gobiernos americanos. Su ausencia subrayará el hecho de que la Unión de los Estados del Nuevo Mundo, se confronta con problemas...* etc.

¿Conocía el lector la *Unión de los Estados del Nuevo Mundo?*

Los ingleses prefieren preterir la cuestión, aunque no comprenden ciertas actitudes: (Londres, 29-IX-44, Reuter): *A pesar de las constantes sujestiones procedentes de diversos círculos, de que el gobierno argentino simpatiza con los fascistas, el hombre de la calle encontró difícil conciliar este punto de vista con la tradicional política argentina hacia Gran Bretaña y hacia los ideales de libertad nacional que han inspirado siempre a ambas naciones. Ni tampoco se podía conciliar este punto de vista con la valiosa y abundante ayuda que las carnes, los cueros, huevos y otros productos argentinos, han prestado a la causa de las Naciones Unidas, en compensación de lo cual la Argentina acumuló gran cantidad de divisas. Más aún: el hombre de la calle no podía discernir cuáles podían ser las ventajas derivadas de apoyar una causa que está lógicamente perdida.*

CONCEPTOS BASICOS

Para terminar, citaré dos editoriales de diarios argentinos.

El editorial de *La Prensa*, del 11 de Diciembre de 1943, transcribe esta frase de un miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos: *Ustedes tienen sus dificultades con la Argentina. Es el único país a que no se ha podido convencer con una libreta de cheques.* Y comentándola como proferida por un espíritu alterado por el calor del debate, dice así: *Cada una de las naciones de América latina ha seguido en esta emergencia internacional el rumbo que su gobierno eligiera, sin que su inclinación en el sentido que haya preferido, responda ni a ligerezas que comprometan su seriedad, ni tampoco a indecorosos ofrecimientos que afectarían tanto al buen nombre de quien los acepta, como del que llegara a atreverse siquiera a insinuarlos.*

El editorial de *Cabildo*, de 22 de enero de 1944, expresa en estas líneas el concepto básico del verdadero panamericanismo: *Comprensión recíproca y recíproco respeto. He ahí planteada en sus mejores términos esa política de buena vecindad, que, despojada de ciertas confusiones espinosas, es la que más conviene al destino continental de América.*

SOLIDARIDAD

Un Católico Liberal

(SON CUENTOS)

La antigua y afamada sección Palos a uno y otro, *de infeliz memoria, que desde hace tanto tiempo no estampaba en esta revista ninguna tontería, cree que ya es hora de comenzar, y resucita aquí con toda su industria y poder. Alguien en el interín había preguntado: —"Palos... ¿a quién?" — Respondemos: "A todos, menos a ti que los buscas. ¡Y que te pudras!*

Aquí no descargamos contra nadie más que contra nosotros mismos. Por lo cual en vez de Palos, *que suelen ser centrífugos, deberíamos llamar a esto:* Disciplinas, *que cuando son buenas deben ser centrípetas, es decir, acestadas a la nalga viva del propio egoísmo. No olviden, pues, los lectores que aquí escribimos para disciplinarnos, no para apalearles.*

Por lo cual rogámosles, amadísimos cofrades, que ni tomen candela ni se nos pongan cerca, no sea que el propio vapuleo alcance el ojo ajeno quitándole las videncias o las evidencias con que dicen Ustedes ver las cosas.

UNA vez le preguntó una dama muy religiosa y de mucha sociedad al católico liberal que tenía al lado en la mesa del té, mientras refinadamente íbale echando a la taza unos refinados pancitos de azúcar:

(Pero antes de seguir, aviso con todas las de la ley, a los lectores, que miren, que esto no pasó en Buenos Aires —¡no me compliquen la vida!— sino muy lejos. Por ejemplo, en Liverpul (o pool) o si les parece todavía poco lejos, digamos que pasó allá en la Agazauras de la Argirea, lo más lejos que puede pensarse).

—Pues sí, —le dijo la dama al católico liberal, al echar de los pancitos:

—Usted que es tan católico, dígame la verdad: ¿Cómo puede decir la Iglesia que haya infierno?

—Y lo dice, señora, y es tan dogma de fe eso como que Jesucristo es Dios, y María, su madre, Madre de Dios.

Díjolo así francamente y muy en católico, pero también muy por lo bajo y al oído casi de la dama.

—A mí me parece, repuso ella en tono más agudo, aunque con mucha congoja, que tiene razón el Padre Francisco en **Las llaves del reino** cuando asegura:

"Por un bisteque que se come uno en un viernes de vigilia nadie me persuadirá jamás que un Dios bueno y misericordioso va a darse el gusto de atormentarlo en el infierno por toda una eternidad".

—¿Y Usted sabe, señora, qué es el infierno?, dícela el católico liberal afiatando el tono.

—Monseñor mi confesor, dice que fuego y tortura y por siempre jamás y qué sé yo cuántas cosas más, dícele la dama cada vez más acentuando el agudo.

—Cierto, replicó él en agudísimo, que también es dogma de fe lo del fuego. Pero la teología no dice que todos los condenados padezcan fuego; y sí dice de algunos que no lo padecen.

—¡Cómo! ¿Están en el infierno, dice Usted, y sin fuego?

—Sin fuego, reafirmó él. Por ejemplo, los niños que mueren sin bautismo y sin propio pecado.

—¡Qué gracia! ¡También fuera! exclamó la dama. Pero por un bocado un infierno ni Usted ni mi confesor ni nadie me lo persuadirá jamás.

Aquí la dama mordió un sandwich de jamón con suma clase. El católico liberal frunció ligeramente el seño y en vez de contestar humedeció los labios con té y con no menor clase. Luego, advirtiendo que gran parte de las señoras, niñas y caballeros allí presentes habían hecho silencio con insólita clase, repantigose, dispuesto a darles una clase. Pero qué clase, y con qué clase, y a qué clase de gentes. Iban a ver.

•

No he dicho todavía cómo era el católico liberal.

Más bien alto y de edad incierta. Unas decían que no pasaba de los 45. Otras que no bajaba de los 60. En el cálculo había de por medio algunas filias y no pocas fobias. Pero en realidad esto monta poco o es cosa de poca monta, por lo cual se comentaba apenas fuera del cotorreo a que sometían la cuestión las damas, muy a escondidas.

Más importancia tiene que era hombre soltero. No porque no tuviera mujer, que la tenía, y hasta hacía versos, la mujer, me figuro, y se los daba al marido para que se los publicara, sino porque no tenía hijos, que la mujer no se los daba.

Por eso dije soltero, que viene, según se me alcanza, del latín, de **solutus ab altero.** De donde: **solutabaltero, solabáltero, soláltero,** y, por fin, **soltero,** según Menéndez Pidal, Ragucci, Guasch, Herrero Mayor y los Padres latinos.

No tenía pues obligaciones de familia. Poseía lo que él llamaba "un modesto pasar". Es decir: unas cuantas casas de alquiler en Agazauras; otra para sus vacaciones al pie de la loma, en Zalaza Argirea, lo que equivaldría a Mar del Plata; otra en algo así como en un Llao-Llao; y otra en un como Martínez. Amén, había amasado un capitalillo.

Por lo precario de la política en la República Argirea eventualmente reunía tres puestos públicos. Era Presidente además de un Banco, Gerente de otros dos, y Abogado de dos compañías inglesas ferrocarrileras y de un Frigorífico. Pero ofrecía servicios gratuitos en dos conventos

de Carmelitas, lo cual constaba en el Registro del Obispo, y le había valido un cargo de responsabilidad en las Congregaciones piadosas de su Parroquia.

No me pidan descripciones del físico: si tenía los huesos bien forrados, que los tenía; si le caía bien la nariz, que le caía; si era de buen ver, que lo era.

No interesa su exterior sino su interior. Eso que él decía cultivar como verdadero y militante **católico liberal cristiano** y **cristiano liberal católico**: Es decir, su vida interior.

La cultivaba de verdad, a la vida interior, se entiende. Estaba suscripto a las dos **Sumas Teológicas,** que se editaban en Agazauras. Había comprado sendos ejemplares costosísimos de las dos ediciones de **Los Santos Evangelios,** ultimamente allí impresos a gran costo y lujo.

Llenábansele los ojos de horizontes y el alma le trepidaba entera en una ensoñación simbólica cuando contemplaba las xilografías de Víctor Délhez.

Leía por la noche los Comentarios de José Réboli, S. J., que son verdaderamente magníficos en la mejor de esas ediciones y se dormía.

Es de notar que dormía lirónicamente. Porque, como él decía, la lectura del Réboli le servía muy bien para el alma y para el cuerpo.

La edición más pobre de **Los Santos Evangelios** la obsequió a una Superiora de un colegio católico junto con el libro **Frente a la rebelión de los jóvenes.** Pero la superiora al pronto se los envió de vuelta. Al libro, "por atentar contra el principio de autoridad y soliviantar contra ella a las religiosas jóvenes". Y a los Evangelios de Peuser, porque, decía la esquelita: "Hay allí un niño en cueros, tan contrahecho, y una colección de tipos tan mal nacidos, que parece estarán mejor en el Cotolengo".

De la **Suma Teológica**, como se verá más adelante en este relato, había aprendido el Prólogo y estaba memorizando las notas de Leonardo Castellani. El texto angélico también empezó a estudiarlo, pero paró pronto "por ser muy aburrido y sobrar allí".

Sus ideas políticas iban así:

"Deben cultivarse, se le oía decir, en toda república democrática y liberal, los altos cargos administrativos, aunque parezcan suntuosos e ineficaces y le cuesten al estado democrático lo que a la monarquía áulica de Luis XIV le costaba el monigote, puro medias y colorinches, de un marquez; o lo que le salían un par de infantinas muy monas cuya única razón de ser era lucirles a los cortesanos sus descotamientos, mostrándoles parcelas de pechugas blanquísimas.

"Un empleado de mil pesos es el sucesor de un Marqués. Y conviene se comporte con señorío de marqués cuando, a la tardecita caído el sol, sube al Rolls Royce chiche y va a tomar el té a la oficina, constatando de paso que los subalternos no se insolenten con las rubias y juveniles empleaditas de $ 130 (entiendan Ustedes que no es eso lo que cuestan las muchachas sino lo que las paga el fisco), sobre las cuales ha de ejercer, es claro, una celosa paternidad.

"Y deben tales altos empleados cultivarse digo, decía, porque no hay rey sin corte, ni sábado sin sol, ni taba sin....". Bueno, aquí no digo lo que decía por decoro.

Eran sus ideas políticas.

En cuanto a sus costumbres, podría decirse que jamás se acostaba sin sujetar los pantalones con esas perchitas-prensas que conservan la línea colgándolos busto abajo. Que se bastaba sólo para lo demás. Y que más de un vez se cosía él mismo los botones, cuando todavía no le lagrimeaban los ojos, por no incomodar a las muchachas del servicio.

Pero estas menudencias no interesan, y me están llevando demasiado lejos de lo sucedido. Volvamos grupas, pues, y enderecemos a lo que íbamos.

Hallábamosnos, recordarán los lectores, en aquel gran silencio que se hizo tras la afirmación de la dama, y que para exitar las expectancias o apetencias del auditorio aprovechó vivísimamente el militante católico cristiano liberal, Don Rosendo Leguizamón, que no sé por qué venía comiéndole el nombre.

Pues era individuo que sabía sacar partido de un silencio. Porque se acordaba haber leído, no se acordaba dónde, que el silencio es gran brahmán. Y allí iba a precisar mucho de brahmán, de silencio, y de prudencia para no hacerlas a las damas brahmar, gritar o imprudentarse.

Porque, como recordarán, también los lectores, se trataba nada menos que de armonizar un mordizco de chuleta con el fuego sempiterno.

La cosa ocurrió de esta manera:

Para tomarse un cachito más de tiempo y coordinar planes sorbió una insignificancia de té. La deglutió, con gran clase, sin hacer glo, glo, está claro. Enjugóse luego y dijo para su coleto, antes de decir ni pío para el coleto de los otros:

"¡Rosendo! Vos sabés que hay infierno, y que es eterno, y que hay fuego, y fuego real, y fuego eterno. Te lo enseñó tu madre. Y si decís fuerte que tal vez, que eso no ha de ser muy cierto, o te hacés del que dudas, vos sabés el canon 2314, caés ahí nomás en pecado mortal y encima excomulgado. ¡Tiento, Rosendo, tiento!"

Sudó el católico. Tartajeó algo que no se pudo entender y que le salió muy por lo bajo, más bien como una tos. El interín era mortal. Pasábale como al orador que se corta. Y no era la cosa para menos, pues el hombre tenía sus escrúpulos y aquello iba poniéndose peliagudo.

Se tomó un respiro más. Apretó el seño. Volvió a enjugar la católica frente sudorosa. (Vean, no les estoy tomando el pelo a los lectores, la cosa pasóle a la letra). Y volvió a decirse para sus adentros muy quedamente, en medio del mutis y el gran brahmán de las damas.

"Cierto, Rosendo, cierto. **Orden cristiano es, u orden cristiana** del presente: **En todo tolerar. ¡Tolerar!** Sí, sí.. Pero ahí está el canon, y ¿qué me digo?".

Tercera vez restregó la amplia y angustiada frente católica, que se le iba en aguas. Cuando, he aquí que de un repente iluminósele el rostro, desfrunciósele el seño, le refucilaron los ojos, enanchósele entera ancho a ancho la ancha alma liberal, miró sobrándolos a todos, y con una risita maliciosa de esas que valen más que un argumento les espetó a la cara:

"Hay infierno, y fuego eterno, y por un bocado, sí, señoras. Pero ni a mí ni a ningún teólogo eso le da cuidado ni hace pisca de objeción. Porque, señoras, esa es la tesis, óiganlo bien, **esa es la tesis.** Pero la hipótesis, ¡ah!, **la hipótesis,** en la distinción Maritainiana, es que nosotros debemos comportarnos prácticamente como si prácticamente no hubiera infierno, ni fuego eterno, ni nada de eso. Hay que saber, señoras, la famosa distinción ultramoderna teológica maritainiana de la tesis y de la hipótesis para penetrar hasta el cabo todo esto..."

"Y eso ¿qué es?" curiosiaron las damas.

"Eso es, reafirmó él desplegando largo a largo y ancho a ancho la ancha y larga cara liberal conciliadora en medio del júbilo, la admiración y el pasmo del auditorio, eso es, mis señoras, que ningún católico debe permitirse atacarlo, al infierno, porque lo enseña el Papa, es asunto de teólogos, y anda en cualquier tratado de la teología. Así corre la tesis. Pero no corre así la hipótesis, esto es, que hay que ver las circunstancias. En las presentes circunstancias, mis señoras, es como si no hubiera infierno, como si no hubiera. Háganselo ustedes de cuenta y pónganse cómodas. Esto es ser militante católico cristiano liberal. La doctrina de Soto y Maumus, de Apolo y de Belvedere. Y quien no ve las cosas así no sabe ni pisca de la hipótesis. Y conste que "ni de Judas sabemos que sea un prescito" o un condenado, dice mi Suma y lo dice Newman. Y déjense los curas de hacer aspavientos y aprendan un poco la hipótesis. Porque la tesis es como lo de: **donde digo digo no digo digo.** Y la hipótesis: el **digo Diego**...

No le dejaron acabar. ¿Para qué más? Con expresiones de inusitado júbilo tomó la concurrencia la hipótesis, el **Diego** y las de villadiego, desparramando al punto en toda la República Argirea la formidable hipótesis militante católico cristiana liberal de que se apagó el infierno para siempre jamás con harta comodidad de todos.

Moralina

"De lo que callan los curas mal hacen en hablar los sacristanes".

Garrote

Dolora

No es malo Campoamor, pero te pido
que no sepa mamá que lo he leído.
Ese sentimental meditabundo
que rellenó sus días en el mundo
—falto de más viriles quehaceres—
pensando inútilmente en las mujeres,
como un adolescente vejestorio,
Don Ramón Campoamor y Campoosorio.
Y no es malo, no es malo por entero
Campoamor,
pero, pero
que mami no lo sepa es lo mejor.

Jerónimo del Rey

Beso de sombras

En un atardecer que caía sin prisa, haciendo albear sobre el cielo azul, por encima de los paraísos de la calle, la mole geométrica de la casa de departamentos, en un balcón del cuarto piso, semioculta por el follaje de los geranios, doña Lucrecia de Alvarez, tejía aprisa, gozando el fresco y la paz de la hora.

Su vecina, la elegante señora del tercero, en tanto, despreocupada, regaba sus plantas tarareando una canción de amor. Desde su sitio, la señora de Alvarez podía ver sus hombros de estatua, harto descubiertos por el "déshabille" de seda que vestía con negligencia y gracia. "Demasiado desnuda", juzgaba con un mohín la anciana, pero al cabo excusábala: "¡hacía tanto calor!... y luego "era tan recatado el balcón", uno de esos balcones a la Le Corbussier, amplio y saliente como un sucedáneo del patio y la terraza en aquellos departamentos, contiguos y distribuidos en dos cuerpos de edificio con la economía de una colmena.

De pronto, un timbre vibró largo y apagado, audible sólo por la quietud de la hora, y doña Lucrecia, de su recatado mirador vió cómo su vecina abandonaba sin prisa sus bártulos de jardinero y acaso sin sirvientes a esa hora, acudía en persona a atender. En absoluto le interesó a la buena señora Lucrecia el rumor de voces confuso que percibió a continuación, y como ya el crepúsculo se amorataba con sus postreros celajes y sobre el tráfico de la esquina próxima se encendía, como una enorme estrella un farol eléctrico —cada vez más impropia la luz declinante para su labor— doña Lucrecia, abandonando tejido y agujas sobre su regazo, entregóse a un pensar indeterminado y melancólico.

Recordó de pronto la cena que acaso la criada habría descuidado preparar —dentro de poco regresarían sus hijos, Jacinta y Carlos de sus respectivos empleos—; y así pensando se disponía a entrar, cuando advirtió que el sisear de la charla, abajo, se hacía perceptible y alto.

—"Encenderé. Ya es noche"— decía la mujer con su voz alegre y metálica. Y al punto un cuadrilátero de luz caía sobre las losas blancas y se proyectaba por el antepecho. Baja y confusa se escuchó una voz masculina que murmuraba algo que la mujer negaba riendo.

—¡Pero...! ¿estás loco? Mi marido está por llegar.

De nuevo la voz ronca y siseante y enseguida la aguda de ella.

—Sí..., a las ocho y media.

—.....

—¿Nada más que las siete y media? ¿Estás seguro?

Otra vez la voz del hombre, con apagado metal, como si temiese ser oído. Nada se entendía de sus palabras; pero se adivinaba pasión, ardor, en su acento. Y entonces la señora de Alvarez vió que la sombra de la mujer se proyectaba sobre el rectángulo de luz y aparecía también la del amante incógnito, nada más que las cabezas, y eso deformadas por los caprichos de la perspectiva, pero sombras amantes que se buscaban, se fundían en el eterno crisol de amor...

Doña Lucrecia huyó despavorida, perseguida por una vergüenza inmensa. Bajo sus pies acababa de ver nacer el adulterio. Una intimidad terrible habíasele entregado y todo su pudor de mujer honesta, ignorante de todo otro amor que el conyugal, casto y sanísimo de su marido se alborotaba enloquecido. Sin pensarlo se encontró en la cocina, frente a frente con Anita la cocinera, que la miró con asombro.

—¿Se siente mal, señora? Está muy pálida — le dijo solícita.

—No, no... es decir, sí, un poco. Quizá el frío me ha hecho mal — repuso confusa y se retiró al comedor. Pero la perseguían las sombras del balcón, las sombras que se besaban..." ¡Qué cosa terrible!.. ¡Qué mujer!... ¡Abominable! ¡Abominable!..

Esa noche la cena fué silenciosa. Jacinta, la hija, un poco fatigada y preocupada por cosas de su oficina —era secretaria de una importante empresa— no despegaba los labios. Carlos, con su color saludable y su apetito de siempre, comía a dos carrillos sin decir, naturalmente, esta bosa es mía. Doña Lucrecia repasaba sus imágenes. El ruido de los cubiertos, el choque de cristales y losa era lo único que interrumpía el silencio. Pero hubo un momento en que éste se hizo casi palpable, entonces Jacinta extrañada alzó la cabeza.

—¿Pero qué pasa —dijo— por qué tan callados? — y a continuación, mirando a su madre: —Estás pálida, mamita, qué te pasa?, ¿no te sientes bien?

—Cierto — asintió Carlos, dejando de comer. ¿Qué te pasa?

—No sé. Quizá haya tomado un poco de frío en el balcón— respondió doña Lucrecia.

—¡Por Dios, mamita, no vas a escarmentar nunca!... Mira que ahora empieza a refrescar temprano!..

—Esta viejita tejedora tiene que dejar un poco esas lanas y salir más —sentenció Carlos, limpiándose la boca con la servilleta: —Siempre encerrada entre estas cuatro paredes, tiene que aburrirse...

—Sí, sí, miren quién me aconseja, tú precisamente que vienes cada día más tarde —reprochó doña Lucrecia a su hijo—. De Jacinta no me quejo. Sale a las siete y media y antes de las ocho ya está en casa; pero tú desde las seis con los amigotes en el café y por Florida. Siempre el último en llegar y el primero en irse.

—Pero, mamá!... uno tiene sus hábitos... no me puedo recluir!..

—Bueno, bueno, dejemos ya esto —terció Jacinta—. Les voy a contar algo muy gracioso que pasó hoy en la oficina...

Y se puso a contar una simpleza que dicho por ella resultó la mar de sabrosa. Celebró como el que más la gracia doña Lucrecia, y por un rato estuvo olvidada; pero, luego, volvieron otra vez a su mente las sombras del balcón y el beso de Paolo y Francesca, los cuchicheos, las risas, la voz metálica y alta, la otra sorda, implorante, apasionada.

Y ya la pobre señora no tuvo paz. Durante el día su vida era normal, tranquila; iba y venía por la casa cumpliendo diligente sus ocupaciones; pero el atardecer le traía como a los tísicos, una exaltación, una fiebre, una nerviosidad. En cuanto declinaba el sol se instalaba en el balcón, como en un escondrijo, protejida por el alto pretil, por las macetas de geranios que proyectaban bien alto el garabato airoso de sus ramas verdes, y no daba tregua a la mecedora, ni a las agujas. Por fin el cielo se amorataba con los celajes de la sobretarde y las frondas lejanas de las calles se iban llenando de puntos brillantes como estrellas caídas. Entonces, lanzaba un suspiro de alivio y entre las hojas de las plantas asomaba su cabeza en acecho, sus ojos espectantes, con tal cautela, que nunca la señora del tercero sospechó esa vigilancia. Ella, desaprensiva como todo ser feliz, envuelta en sus batas de seda, regaba sus plantas y tarareaba alegre sus canciones de amor.

Con la proximidad del otoño empezó a obscurecer más temprano. Las esperas se hicieron entonces más largas para doña Lucrecia. La noche la

sorprendía aterida y febril, presa en el balcón de su curiosidad enfermiza: el del piso bajo no siempre se abría o se cerraba temprano; la jardinera descuidaba sus flores y a veces doña Lucrecia hubo de retirarse chasqueada y vencida; pero otras, el encuentro de las sombras sobre las losas blancas y el antepecho del balcón revelaba que el idilio continuaba siempre. Y entonces era el huir golpeando con rabia las puertas, presa de un asco, de una irritación creciente. No sabía por qué, pero aquello la turbaba, la enloquecía. Se dirían que eran unos seniles, absurdos, enmascarados celos.

La señora de Alvarez llegó hasta averiguar por diversos conductos quién era la señora del piso tercero.

Jacinta le dijo solamente que era muy linda y que vestía muy bien. Alguna vez se habían encontrado en el ascensor y cambiaron un saludo de cortesía. Carlos le dijo vagamente que era la señora de un médico, Domech de apellido. Descendió entonces a informarse entre los sirvientes; así se enteró, con asombro, que se trataba de un matrimonio modelo; él la quería mucho y ella gastaba una fortuna en trajes y era muy coqueta. Supo a qué horas salía el marido a sus ocupaciones y cuándo volvía. Una vez que se excusó con el portero por su curiosidad, éste le dijo mirándola muy serio:

—Todo lo contrario. A mí me parece muy natural que Usted trate de averiguar estas cosas, señora...

Perpleja respondió:

—¡Ah, sí!.... ¡A Usted le parece!...

Como el portero gravemente asintiera, sin saber por qué una oleada de sangre le coloreó las mejillas y huyó a pasitos rápidos, perseguida por la mirada seria del hombre. ¡Oh, aquello era una tortura que tenía que acabar. No sabía cómo; pero tenía que acabar de cualquier modo. No era tolerable esa vergüenza, esa indignidad, cometida contra un hombre bueno e intachable que según todas las opiniones era el doctor Domech. Tenía que acabar el engaño, bajo y alevoso, efectuado en la propia casa por una esposa indigna: la hermosa víbora debía ser desenmascarada. ¿No impone acaso el código la obligación de denunciar el crimen? ¿O por ventura los criminales han de disfrutar de impunidad por cobardía de las personas honradas?... En modo alguno. Quizá así escarmentará y en el caso, sí señor que se imponía descorrer el velo; un buen susto para los desaprensivos tórtolos, un vapuleo en regla... el rojo del crimen parpadeó un instante en el simple razonar de la señora de Alvarez pero lo desechó con un suspiro. —¡Oh, ya no había Otelos apasionados y fieros! Los hombres buenos y enamorados como ese simplote del doctor Domech ahora concluyen siempre por perdonar. Y la pobre doña Lucrecia entraba en un vértigo de razonamientos, conjeturas, afirmaciones, arrastrada por su obsesión, hasta saltar de pronto y saber cómo, la idea mala: enviaría un anónimo. Un medio bien repudiable, lo sabía ella; pero, esta única vez, necesario: "el fin justifica los medios". Ahora comprendía la verdad del castigado aforismo. ¡Oh!, iba a ser saludable la amargura de la revelación para aquel confiado e inocentón de marido! No se aconsejó de nadie la excelente señora, no confió a ninguno sus propósitos, todo se desarrolló entre aquellas sombras amantes del atardecer y su espíritu conturbado. Como pensó lo hizo.

Una tarde, en su despacho, un hombre de negros y halconados ojos, moreno y fuerte, pero ya con las cenizas del tiempo en las sienes, limpiaba sus lentes con angustia creyendo leer mal, en una pequeña tarjeta

que tenía en las manos: "Vaya a su casa entre siete y treinta y ocho de la noche y comprobará...". Lentamente, pensativo, deshizo el papel en menudos pedazos.

Desde que entregó su carta al correo doña Lucrecia púsose a aguardar acontecimientos presa de una sobreexcitación terrible.

Al tender la mesa a mediodía, Anita, la cocinera, viéndola agitada le dijo: —"¡Qué le pasa, señora?"

—Nada — fué la seca respuesta que obtuvo.

Y también Jacinta, al volver de su empleo:

—Te noto pálida y nerviosa, mamita, ¿qué tienes?...

—Ufa, ahora todo el mundo se tiene que preocupar si estoy nerviosa. ¡No tengo nada! Y Carlos al poco rato, tomándola de la barbilla:

—Esta viejita anda con un entripado. Cuénteme, ¿qué le pasa?

—No me pasa nada, nada y nada — y doña Lucrecia rehuyó la mirada juvenil y franca del muchacho.

Luego, al salir como de costumbre, le dijo Carlos:

—Eso no me gusta, señora. Tendré que mandarle un médico.

La anciana le vió alejarse, esbelto entre los vuelos del "raglan" negro, silbando una cancioncilla. Sonaron viriles sus pasos en el corredor y después el zumbido del ascensor lo llevó a la calle.

Ni ese día ni el siguiente ocurrió cosa alguna: ni batonazos, ni gri-

tos, ni indicio alguno que revelara el suministro del vengador y saludable vapuleo que con lógica senil esperaba y deseaba la excelente señora. La tarde del tercero, en el comedor, ya tendida la mesa para la cena, doña Lucrecia, un tanto decepcionada repasaba los hechos: aquella su preocupación absurda por cosas que viendo bien no le importaban poco ni mucho. ¡Qué necedad inmensa!... y hasta había cometido, por insana curiosidad y entrometimiento, una acción, bien intencionada, sí, pero villana: nada menos que enviar un anónimo. ¡Lo que diría el Padre Reyes, su confesor, cuando se acusase de tan fea falta! Se le arrebolaba el rostro de sólo pensarlo.! Y todo para qué. ¡Bien se veía que aquel juez era uno de tantos: un esposo nada calderoniano. Los finos labios de la anciana se desplegan en despectiva sonrisa:

—¡Vaya, vaya, con los hombres de ahora!

Siete de la noche. En el comedor a esa hora parecía remansarse el silencio. Los ruidos del tráfico lejano llegaban apagados y tristes. El reloj latía infatigable degastando las horas. Libre al fin de sus inquietudes por obra de aquella intrépida decisión que fué como una crisis, doña Lucrecia sentíase dulcemente feliz en la melancolía y serenidad del instante. Próxima la mesa, aderezaba con su blanco mantel, la loza, el brillo de cubiertos y cristales, aguardaba cordial el instante inminente de la comunicación familiar y la charla despreocupada.

Por la cerrada ventana se filtraba el grito de vendedores que voceaban los diarios de la noche. La criada iba y venía con silencioso paso dando los últimos toques para la cena. Una sensación de tiempo hizo mirar el reloj a doña Lucrecia.

—Tarda mi gente —díjose para sí y, en efecto, ya las agujas en la esfera como espadas cercenaban las campanadas de la media hora que cayeron en el silencio, como de casa sola, extrañamente lentas y musicales. Fué entonces que en la calle se sintió como el estallido de un neumático, y luego otro, y otro, en los cuales ni reparó la señora; y al poco rato un rumor confuso locamente subió por los muros y se deshizo en pasos precipitados y portazos remotos y desusados. Por la calle una sirena agudamente arrastró su vibrar y se apagó en sollozo. Imprecisamente doña Lucrecia pensó en esas desgracias que siempre son de los otros: un incendio, un accidente. Hasta que de pronto, ese experto tramoyista que es el destino, bruscamente descorrió las cortinas para el drama.

Doña Lucrecia vió entrar a Jacinta, descompuesta y sollozante, como llevada por un grupo de personas que respetuosamente se detuvo a la puerta. La recibió en sus brazos..

—¡Qué pasa, hija?

—¡Ay, mamita, mamita, qué desgracia, qué desgracia!

—¿Pero qué, santo cielo, qué?

—Carlos, Carlitos, ahí en el tercero, con la señora.

No oyó más doña Lucrecia, cana y lamentable erguida aun pero ya deshecha, apretando contra su pecho la cabeza estremecida de su hija, sólo exclamaba con sorda voz:

—Era Carlos era Carlos...

Y nadie podía ver que en el fondo de sus ojos extrañamente fijos y abiertos donde todo lo abismaba una noche irremediable y creciente dos sombras felices se adelantaban y se besaban apretadamente. Ya para simpre en ellos se besarían las sombras.

Miguel Sotomayor

Ilustró H. Pereyra

Arte y Poesía

La guerra

...¡Señor! La guerra es mala y bárbara; la guerra
odiada por las madres las almas entigrece.
Mientras la guerra pasa ¿quién sembrará la tierra?
¿Quién segará la espiga que junio amarillece?

Albión acecha y caza las quillas en los mares.
Germania arruina templos, moradas y talleres.
La guerra pone un soplo de hielo en los hogares,
y el hambre en los caminos y el llanto en las mujeres.

Es bárbara la guerra y torpe y regresiva.
¿Por qué otra vez a Europa esta sangrienta racha
que siega el alma, y esta locura acometiva?
¿Por qué otra vez el hombre de sangre se emborracha?

La guerra nos devuelve los podres y las pestes
del Ultramar cristiano; el vértigo de horrores
que trajo Atila a Europa con sus feroces huestes,
las hordas mercenarias, los púnicos rencores:

La guerra nos devuelve los muertos milenarios
de cíclopes, centauros, Heracles y Teseos.
La guerra resucita los sueños cavernarios
del hombre con peludos mammuthes giganteos

Antonio Machado

la prisión, antes de partir hacia el
o de las matanzas.

Revelación

FASTIDIADO, abandonó el piano.

Durante todo el día le había ocurrido lo mismo. Sentábase, desgranaba algunos acordes, brillantes primero, lentos y sin energía después, reaccionaba trayendo a la memoria melodías lejanas, olvidadas ya en el constante renovar de gran maestro. A poco, también ellas morían en un desgano que iba hasta las raíces mismas del espíritu.

Volvíase a levantar. Erraba por la casa, vasta, hermosa, sola, con esa sensación de soledad que produce toda casa poblada de criados solemnes y silenciosos que sirven a un solo dueño. La solemnidad y el silencio de los sirvientes dijérase impregnaban las habitaciones, el jardín, el piano, sus manos, su alma.

Tocaba en la misma forma en que caminaba, mecánica, inconscientemente. Y la convicción de su incapacidad le volvía ansioso.

Sentía agitarse en su mente ideas e inspiraciones, que no sabía llevar al teclado. Y el fracaso pesaba en su alma, como pesan las ansias insatisfechas y los anhelos incoherentes.

Sentía con todo el poderío de una preocupación agobiadora. Le faltaba algo. Efectivamente, padecía una gran ausencia de no sabía qué.

Y por lograr eso, hubiera entregado sus pasados de triunfo, las salas llenas de público ansioso de mirar las manos que arrancaban melodías exquisitas, superiores a la crítica. ¡Qué no hubiera dado por un solo momento de lucidez, en que pudiera conocer lo que sentía faltarle en la vida!

¿Hacía dos, tres, o tal vez más meses que empezó a sentir incapacidad creadora? No lo recordaba. Pero eran meses tan largos que a su sensibilidad se le antojaban años.

La aridez de los días y de las noches no se cura con nada.

Los amigos le visitaban. Le sacaban a fiestas y paseos, a los que él iba con ansia oculta de volver a ser lo que antes fuera: el brillante "causeur", el hombre que podía sostener solo todo el peso de las conversaciones con fácil y elegante palabra; el que sabía admirar y sentirse subyugado por la belleza de una mujer, de un paisaje, de una flor.

Y no es que ahora todo eso le fuese odioso. Simplemente no le interesaba. Nada llegaba hasta su interior. Su sensibilidad se agostaba. Poco a poco, lentamente la luz de su vida interior agonizaba. El lo sentía, lo veía en su música sin vida, en su vaciedad cada vez mayor de emociones, en sus manos enervadas, en su desgano, en el abismo en que notaba íbanse hundiendo cada vez más y más sus horas y sus días.

Pero hoy, la intensidad de su "nada", como él llamaba interiormente a ese estado de ánimo en que se hallaba sumido, comenzó a desesperarlo. Salió a la calle. Trató de encontrar algo en qué fijar su atención: las mujeres elegantes, los hombres apresurados, el tránsito intenso en ese atardecer rojizo de otoño, las luces parpadeantes de los letreros luminosos que comenzaban a encenderse, los negocios con sus brillantes vidrieras, en fin, todo lo que en la gran ciudad cosmopolita podía impresionar.

Siguió caminando. La desesperación que comenzara a invadirle había cedido un poco. Pero, otra vez era presa de esa inercia mortal que a fuerza de ser implacable le agobiaba, le quitaba energías, le aflojaba el alma.

Haciendo un esfuerzo miró a todos lados, tratando de orientarse. Y fué entonces, cuando al final de la calle vió un edificio alto y obscuro, que parecía oponer su majestuosidad al bullicio callejero. Era una iglesia.

¿Cuántos años hacía que no entraba en una iglesia? No lo recordaba a punto fijo. Su vida de hombre había sido un continuo cambiar de ambientes, de países, de rostros. Sus estudios, sus conciertos, los compromisos que debió cumplir le hicieron alejarse paulatinamente de los hábitos que, cuando niño, su madre habíale inculcado amorosamente.

Cortó sus pensamientos. Entró. Nada en realidad lo llevaba hacia allí. Un impulso desconocido lo guió, impulso al que obedeció de inmediato, casi satisfecho de comprobar que aún podía sentir alguno.

El ambiente del templo era acogedor. Algunos cirios brillaban en los altares, murmullos apagados interrumpían el silencio. Pocas personas. Un sacerdote paseaba a lo largo de la nave, baja la cabeza, los labios en oración. Con inexplicable automatismo avanzó el artista.

Se poderó de él un curioso deseo de saber qué decían, qué pensaban, qué deseaban las personas allí reunidas. Quería saber si todos padecían igual estado de ánimo, y comprobar por qué estaban en aquel lugar. ¿También ellos buscarían algo, y, como él, en vano?

Se acercó a una pareja que oraba arrodillada. El, joven, pobremente vestido, con mirada emocionada, no apartaba sus ojos de la Cruz, en el altar mayor. Ella, joven también, murmuraba por lo bajo.

Quiso el maestro oír sus palabras. Se arrodilló junto a ellos. Los jóvenes no repararon en él, pues estaban absortos en la oración.

"Dios mío, decía ella, Tú que estás en todas las almas, ayúdanos. Haz que encuentre la oportunidad de demostrar su capacidad. Puede trabajar, anhela con toda su alma hacerlo. Pero pasan los días y se desalienta, Dios de mi alma, ante su fracaso..."

Absorto, escuchaba el músico.

"Tú lo puedes todo, Señor, ayúdale. Que halle trabajo. No te pido para mí. Para él. Necesita trabajar. Necesitamos dinero para nuestro hogar. Pero no lo conseguimos, y hay momentos en que su Fe vacila ¡Dios mío! vacila..."

La voz quebró; y la palabra "Fe" se prendió al alma del artista.

"Ayúdale Señor, porque le amo. Sí, Tú lo puedes todo. Tú lo harás".

Oyó su compañero las últimas palabras y, emocionado, suavemente tomó entre las suyas la mano de la joven. Se levantaron y, siempre tomados de la mano, salieron silenciosos del templo.

En los ojos del músico quedaron grabadas dos manos enlazadas, y en los oídos resonábanle estas palabras: "Hay momentos en que su Fe vacila, ¡Dios mío! vacila".

Sin pensar, se levantó y avanzó dentro del templo. Había olvidado todo. No pensaba ni en sí mismo. Sentía renacer muy poco a poco antiguos sentimientos.

Junto al altar, una mujer oraba de rodillas. Su rostro era curtido, sus ropas viejas. Algunas arrugas partían su boca, y sus manos eran duras y ásperas.

"Mi Dios, tú sabes que seré madre, decía, que mi hijo vendrá al mundo en mi pobreza, que no tendrá a su lado un padre que lo ampare, porque ayer lo llevé al camposanto. Señor, ante la tierra aún blanda le juré que yo sería madre y padre de nuestro hijo. Al volver creí ver su cara que me sonreía satisfecha. Dios mío, Tú lo puedes todo. Dame fuerzas para luchar por mi hijo. Sabes que sólo te tengo a Ti, Señor, y a mi hijito. Tu omnipotencia me dará vigor para afrontarlo todo...".

Había orado la pobre mujer con el rostro iluminado por una luz interior.

Nuevamente quedó solo el músico, quien sin saber por qué volvió los ojos a la Cruz.

Ya no veía allí maderas y ni siquiera imagen. Algo nuevo había encontrado.

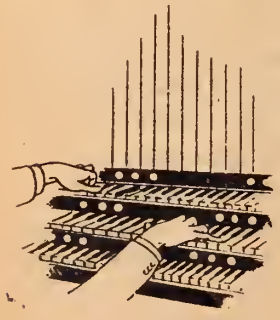
Pasos vacilantes hiciéronle volver el rostro. Un viejo, apoyado en grueso bastón, se detuvo de pie frente al altar.

"Vuelvo a visitarte, Señor, como todos los días de mi vida, dijo, hasta que tu mano haga parar mi corazón de viejo soldado. Ya sabes cómo flaquea. Ayer decía el médico a mis hijos, creyendo que yo dormía: "No le dejen salir ni aun a la iglesia de al lado. Sólo de caminar podría dejar de latirle su corazón". Pero, ¡qué saben ellos de tu infinito poder! No será el venir a Ti, lo que detendrá mi vida, sino tu suprema voluntad. Que sea cuando quieras. Dame valor para que mis hijos no sufran mucho y me vean ir hacia Ti con serenidad. Bendíceme Señor, y si hoy fuera mi último día, dame tiempo para pronunciar tu nombre, Jesús mío, antes de partir".

●

Ahora el templo estaba solo. Sólo el artista con sus penesamientos. Lo que acababa de oír nunca lo hubiera sospechado. ¿Había hombres de tanta Fe? El no sabía que existieran otras cosas fuera del trabajo, del éxito, del renombre. No pensó nunca en pedir algo, porque creyó poseerlo todo, y se encontraba ahora solo, con las manos vacías y la tremenda revelación de su vida sin sentido, inane, vacía.

Transportado por la comprensión nueva que le iluminaba, miró a su alrededor. El sacerdote habíase arrodillado en un rincón. La obscuridad, haciéndose más y más densa, cubría de penumbra el interior de la iglesia.



Como llevado por una fuerza superior fué al órgano. Y, tocó. Las primeras notas suaves y espaciadas hablaban de un nueva paz que inundaba de tímido gozo su corazón. Se sentía más bueno.

Sus dedos eran ligeros, ligeros y livianos, como ligero y liviano era todo su ser en ese instante, librado al fin de un peso que le impedía vivir.

Las manos se deslizaban celérrimas hacia los agudos, en un ascenso de tonos maravillosamente acordes. Su vida poseía una razón y un equilibrio que jamás tuviera.

Arpegios picados ahora como los sollozos del hombre que aprendiera en su

música un nuevo lenguaje, sollozos por haber perdido irremediablemente sus mejores años.

¡Ah! Todo aquello tenía sentido. Su música tenía sentido. Y su vida también la tenía. La FE sería para siempre su inspiradora. Fe en la vida, en el porvenir, en los seres, en Dios. Y las notas vibraban graves, profundas, con sonoridades augustas. Eran una promesa y un juramento.

Tocaba ansiosamente al tiempo que iba comprendiendo cuántas cosas bellas y dignas de amar habían pasado a su lado sin reparar en ellas.

Su música era otra. Era música de su alma. Era la Fe que volvía. Era la esperanza que crecía en su espíritu.

Las armonías que arrancaba parecían cantos a la vida. Y sus dedos obedecían a una fuerza más alta que los gobernaba.

Se había encontrado a sí mismo.

Ahora debía esperar. Esperar lo que Dios le brindara, con fe, con entusiasmo. Esperar. Y algún día llegaría aquello que había de ocupar todo su corazón, dándole la sensación de que por fin su alma respiraba con todo su poder de amor. Y hasta entonces, esperar.

¿También él vendría a rogar por el hijo que llegaría alguna vez?

Por eso, esperar. Esperar la vida, el amor, el trabajo, la muerte. La esperanza es gran parte de la Fe. Sólo espera en Dios quien tiene Fe en Dios, y sólo tiene Fe quien en El espera.

Todo esto decía su música.

Y sentia un surtidor de melodías ascendiendo desde su alma al Cristo, en acción de gracias por haberle permitido escuchar en sus más humildes criaturas, las lecciones del amor, de la esperanza y de la fe.

Nunca supo después cómo se produjo su reconciliación con Dios y consigo mismo. Supo sí, que dijo al sacerdote su vida, su vida toda entera, con el historial de infidelidades y miserias que la iban tejiendo.

¿Palabras? ¿Qué falta había de ellas? ¿Acaso sabe decirlas un gran músico? ¿Lágrimas? ¿Para qué? ¿Acaso un artista llora alguna vez con más llanto que cuando convierte en lágrimas toda la sonoridad del órgano?

El sólo recordaba que allí quemó su vida miserable con fuego sonoro, que en tonos menores, hesitantes y trémulos, dijo su vida; y que reafirmó su propósito en una formidable elevación orquestal, clara, definida, arrolladora como una primavera que nace; y que desde entonces tuvieron sentido para él todas las cosas.

Lucy Nash

Los bajos fondos del divorcio

1. *LA OPINION DIRIGIDA*

NORTE AMERICA, cuya hegemonía mundial únicamente Rusia puede ahora discutir de tú a tú, se ha convertido en la central de la prensa dirigida. Por medio de las agencias internacionales de noticias consigue que las masas humanas piensen lo que ella determina que deben pensar.

¿Qué puede la prensa chica patriótica de cada país contra los grandes diarios organizados cuyos secretos tentáculos se manejan desde Wáshington? ¿Qué pueden LA FRONDA y EL PUEBLO contra LA NACION y LA PRENSA? ¿Qué pueden los gobiernos enredados en asuntillos domésticos, y ocupados con alma y vida en salvar economías nacionales, en atemperar odios partidistas, en ubicar amigos impecunes dentro del presupuesto, contra la gran prensa tentacular que, como río de continente, vuelca su enorme poderío de aguas innumerables en la opinión pública?

Quien creyere que escribo con inquina contra el prepotente país del norte se equivocaría. Porque reconozco que Wáshington se ha convertido en directriz de la política y de la economía internacional por gravitación espontánea de la vida. Y no puede dudarse, es mérito suyo haber logrado tal rendimiento de sus fuentes caudales de bienestar económico que espontáneamente le hayan adjudicado la primacía en la economía y en la política mundial.

Era de esperar que a la sombra del soberano económico de la tierra surgieran los dirigentes de las agencias unidas de publicidad, cuya reyecía es más peligrosa que la soberanía del petróleo, de los tabacos o de los automóviles.

Si el pensamiento oficial dirigido y sembrado por la prensa organizada siemina que en la Argentina gobierna un régimen nazifascista, pues todo el mundo no tendrá más remedio que creer en el foco totalitario que se dice. Y el gobierno argentino no será reconocido a causa de su totalitarismo de papel linotipiado.

La prensa dirigida enseña al mundo no sólo el movimiento geográfico de las columnas blindadas del general Patton o de las fuerzas navales de Mac Arthur, sino el auténtico sentido de las encíclicas de Pío XII, las recóditas intenciones de los republicanos españoles, la grandeza patriótica que inspira una excilación voluntaria a Montevideo a algunos políticos argentinos, y que el cristianismo tolerante y libertario, adjudicado a Vicente Ducatillon, es el verdadero de Jesucristo.

La confusión de opiniones que padecemos, el alud de falsos rumores, tergiversaciones, falacias y desconfianzas soltadas a volar por todas partes nace del choque de ambas prensas: la dirigida y la autónoma, que suele ser la nacional, menuda, pobre de papel, de noticias y de avisantes.

Con frecuencia ocurre algo paradojal: una porción de la prensa chica es intimidada y arrollada por la grande; y vibra al unísono con ésta, aunque conspire contra el credo que dice profesar.

Así ha podido observarse en el actual desbarajuste que hasta diarios católicos so-

metidos al poderío extranjero se permitieron atacar, con inexplicable desconocimiento de causa, la docencia de la religión implantada en la enseñanza oficial argentina.

Porque, decían, es atentatoria a la libertad de conciencia e inaugura un cesaropapismo, sin haber leído siquiera los artículos del Decreto, los cuales conceden franca libertad al alumno, si lo desea, de eximirse de las clases de religión; y que colocan esta asignatura bajo la vigilancia de los Obispos, conforme al Derecho Canónico.

2. *LA MORAL DIRIGIDA*

Además de la prensa dirigida que dice al mundo lo que debe creer, el cine dirigido enseña lo que debe obrar. Así se implanta la dogmática y la moral de la religión ultramoderna.

El séptimo arte constituye la más temible cabecera de puente que introduce el paganismo en los países de cultura cristiana. Mata todo lo autóctono, lo folklórico, lo peculiar, para dar a la vida en todas sus faces una modalidad despersonalizada, standardizada, foránea, y sobremanera perniciosa a la cultura cristiana.

El cine exhibe en forma fascinante un mundo de goce sensual, de idolatría del confort, de la belleza humana, del amor, de concupiscencia, y anestesia la voluntad con una música untuosa. Las viviendas modernas, el trato de padres y de hijos, el deporte y, en suma, la vida en todas sus formas obedece al imperio de las modas imperadas desde la pantalla.

Actores y actrices no sólo dan la medida de desnudez en el vestido de la mujer, y la manera de bailar, de cruzar las piernas, de besar, y de pronunciar el inglés; sino que aleccionan sobre el amor, los usos del noviazgo, y de la luna de miel, y enseñan con acopio de datos la técnica del divorcio.

No se me objete recordando al P. Flannagan, El Cántico de Bernardette, o El Buen Pastor. También el paganismo ofrece respiros al instinto religioso. La religiosidad es una tendencia que de tiempo en tiempo es acariciada por el neopaganismo. Y poco le interesa a éste substituir la estatua de Jove o de Venus o de Afrodita por el Crucificado, Teresita o Bernardita.

Haría menos mal el cine dirigido profesando franco ateísmo que mostrando a ratos un cristianismo adulterado, engañifa de bobos y emulsión de la sensualidad con caricias religiosas.

No pocos films retirados por la censura moralizadora de las salas estadounidenses, o cuando menos fragmentados en sus episodios más obscenos, hasta hace poco se pasaban en los cines argentinos sin reparo ninguno. Interesa el éxito de las taquillas, y nada importa el descantillamiento moral de las conciencias. Tales cinematografías ayudadas por revistas abundantes en fotografías y grabados técnicamente perfectos y moralmente corruptores, que nos vienen también de América copando el mercado libreril, han logrado que el divorcio con sus bondades y bellezas y maravillas *no sólo no logre impresionar ni siquiera el corazón pudibundo de una hija de María de catorce años, sino que ha llegado a constituir el secreto anhelo hasta de damas cristianísimas y de caballeros gentilísimos infaltables oyentes de misa de doce, que lloraban desde sus balcones al paso de la procesión Eucarística del IV Congreso.*

Las películas yanquis exhiben, claro está, la cara donosa del divorcio y esconden sus vergüenzas. Ello le ha permitido conquistar un sinnúmero de adoradores.

3. *UN ENEMIGO A LAS PUERTAS*

El día en que restituída la normalidad en las cámaras y reafirmado el liberalismo triunfador en los campos de batalla, vuelva a surgir en el parlamento argentino la vieja cuestión del divorcio, los diputados defensores refrescarán los antiguos sofismas, que resonaron en 1888 *y en* 1901; *es decir, hace medio siglo. Algo así como salieron a campar contra el Decreto de Enseñanza Religiosa, el* 1º *de enero de* 1944, *en los editoriales de la prensa dirigida los mismos remanidos tópicos, exgrimidos por masones y liberales en el debate de* 1883.

No se sostendrá el divorcio con armas nuevas, es cierto. Pero la masa popular se ha familiarizado tanto con él, lo ha conocido bajo una luz ilusoria y falsa, pues se le ha exhibido con bondad y hermosura mentida, como un enamorado canalla a la novia ingenua, que de seguro aplaudirá el público su advenimiento cual si fuera distintivo de modernidad y conquista del feminismo.

Por todo lo cual creo conveniente publicar estas páginas. He tomado la mayor parte de los ejemplos en ellas aducidos, referentes a personas norteamericanas, del breve y meduloso escrito sobre el divorcio en Norteamérica, titulado: Divorce a Picture From The Headlines, *que firma Daniel A. Lord, conocedor como ninguno de la tragedia divorcista de su patria. Por honestidad literaria debo decir además que este trabajo refleja casi íntegro el citado escrito, diluído aquí y allá a lo largo de mis páginas.*

He tenido presente también al redactar estos renglones una docena de libros antidivorcistas y dos docenas de divorcistas. Porque —sépanlo— soy aficionado a leer libros que atacan las doctrinas católicas, pues suelen sugerirme las mejores razones en favor de las mismas.

No caeré en la pedantería de andar citando tras cada idea los treinta libros. Porque me repugna la ostentación.

Por otra parte de los diez antidivorcistas a la vista podría descartar nueve y quedarme con uno, con O Divorcio, *de Leonel Franca, por ejemplo, el libro más profundo que conozco sobre el tema y que condensa cuanto se ha escrito, para aparentar aquí una erudición universal, decuplar el número de páginas y escribir un mamotreto cuya lectura no padecería mortal alguno.*

Con los libros y diccionarios especializados que ahora poseemos citar resulta un juego y una engañifa. Prologando su inteligente libro Diálogo entre el hombre y Dios *dijo Jacques Leclerq —¡y ya me tienen citando!—:*

"Aducir muchos libros más que talento requiere tiempo. Bibliotecas bien catalogadas (y libros panteones, *añado yo, que entierran en notas toda la erudición almacenada) le dan a usted cien citas al punto sobre cada concepto.*

Quien conoce a fondo una materia sabe que todos los libros repiten lo mismo, unos antes lo que otros después, y que lo propio de cada uno, si lo tiene, ocupa tres páginas cuando más".

En estas hojas no hallarán ni profundos estudios ni discusiones ni cosa que se parezca. Serán un cuadro nada más, un mirar al divorcio por dentro, en sus entresijos. Y ojalá el cuadro realista sacuda de sus sueños a cuantos conocen el divorcio únicamente por la faz vistosa que de él muéstra el séptimo arte en las salas confortables de los cinematógrafos.

En el gabinete experimental del divorcio

APARTE pues toda discusión de carácter filosófico, sociológico, religioso o moral veamos la realidad sin tapujos, lo que es el divorcio en los países divorcistas, y cómo el mundillo de los diarios y revistas presenta cada día a sus víctimas. Porque la realidad enseña al respecto algo bastante distinto de cuanto significan y traslucen los alegatos de los defensores.

La realidad documenta a las claras el desolador mal social que constituye. Lo que la práctica de gabinete es respecto a la teoría pura ello viene a ser el comentario periodístico si se lo coteja con las declamaciones y especiosos argumentos esgrimidos, tendenciosamente unas veces y otras de buena fe, por los paladines del divorcio.

Pero quien desee informarse de la verdad no la busque en los discursos parlamentarios, ni en las charlas de salón, ni en las pedanterías de los corrillos universitarios; contémplela más bien en el cuadro real de la vida.

Ese cuadro hemos querido trasladar aquí, ofreciendo en panorama de conjunto cuanto en forma parcelada destila cada día el periódico en sus noticiosos. Sí, hemos tratado de ver el divorcio por dentro; es decir, en su entraña y en cuanto entraña.

No pocos de los divorcios mentados acá obtuvieron en su tiempo gran resonancia publicitaria y aparecieron ilustrados con numerosas fotografías. Ajustándonos pues a la más severa moral nos permitiremos citar nombres y datos que fueron un día del dominio público. Quien se mostrara sorprendido por tal procedimiento documentaría palmariamente su fariseísmo, cuando no su estolidez.

Fué chispeante idea de Daniel Lord contemplar el divorcio desde un ángulo tan realista y tan aleccionador. ¿Cómo le ocurrió la idea? Nos lo dice él mismo:

"Hace muy pocos años recibí una carta sugestiva que aún guardo. Decía así:

Mi estimado amigo. Hubiera presenciado Ud. el cuadro que ví ayer. La preciosa chica de dieciséis años que vive en la casa de al lado le dice de repente y muy frescamente a la madre que está dispuesta a divorciarse de su esposo, un muchachito con quien se había casado hacía apenas un mes, porque estaba ya enamorada de otro.

Imagine lo que ocurriría. La buena señora quería morirse. Estaba descorazonada. Desgraciadamente hacía ocho años que la pobre se había visto precisada, también ella, a divorciarse y la pretensión de la chicuela le revolvió en el corazón el propio, drama ya un poco olvidado. Rogó y lloró e hizo lo indecible por persuadir a la muchacha que no abandonara al esposo, que se arrepentiría, que dejara las cosas como estaban por lo menos hasta terminar los estudios, que era muy niña, que sería un escándalo, que qué diría su padre al saberlo, y mil cosas más.

Pero, ni por esas. La chica encastillada en que sí, replicóle sádica y fríamente en su jerga: "Y, vieja, ¿qué querés? Total vos lo hiciste. Y no vas a decir que no es mejor ahora que no cuando haya de por medio un par de hijos que tengan que sufrir, como hiciste vos". Imagine el sofocón de la buena señora...

Esta carta no me trajo novedad alguna. En los países divorcistas se presencian por docenas escenitas de estas, y acaba al fin uno por volverse insensible. Sin embargo, su lectura me sugirió la idea de juntar los recortes de diarios y revistas en que se relatan los divorcios que a cada paso van ocurriendo.

Así lo hice. Y fuí arrojándolos, a medida que los cortaba, en un cajón de mi escritorio. No pasó mucho tiempo y aquello empezó

a desbordar. ¡Qué asqueante montón de miseria y de dolor humano se amontonó allí! ¡Cuánta tragedia y fracaso y al mismo tiempo cuánta farsa e irrisión almacenada!".

Pues bien. Tiene aquí ante sus ojos el lector una selección ordenada de recortes referentes en su mayoría a divorcios de norteamericanos. Porque también en este ramo de productos humanos Estados Unidos es el emporio máximo, y porque allí, como siempre, la trágica mercadería es bullangueramente propalada a todo trapo. Sé perfectamente que a los divorcistas no les hará mucha gracia leerlos, porque rehuyen sistemáticamente considerar de hito en hito las tragedias domésticas. Y el divorcio constituye una calamidad sencillamente espantosa, una especie de colosal catástrofe en el país en que aclimata.

No pondré calor ninguno en las citas. ¿Para qué? Iré exhibiendo las piezas coleccionadas tan al frío como ellas fueron apareciendo en los periódicos. Será así éste un índice de divorcios, o, para decirlo con más propiedad, de sarcasmos y de ridiculeces.

2. COMIENZA EL DESFILE DE MODELOS

El caso es chusco. Reproduce el primer recorte sacado del montón, una fotografía en torno a la cual se armó una tremolina. La cosa sucedió así:

Una pareja joven, quién sabe por qué, se presentó a los tribunales de Chicago pidiendo el divorcio. Pues bien. Hízose el expedienteo de práctica, tras lo cual les dijo el juez: "Pueden retirarse, señores, están ustedes separados".

Pero he aquí que no había acabado de pronunciar el fallo, cuando los flamantes divorciados comienzan a discutir y gritar subiendo cada vez más de tono en los calificativos.

—"Pero ¿qué puede ocurrirles ahora a Ustedes?", dice el juez.

—"Señor, replica ella, que mi ex maridito quiere quedarse con la fotografía de bodas, la que me corresponde a mí. Sí, señor, a mí".

—"¡Ah! muy sencillo —falla en juicio salomónico el juez, siempre atento a complacer— venga acá el retrato". Y cortándolo por medio separa a los exmatrimoniados en el cartón como acababa de separarlos en la vida.

Entretanto los fotógrafos a la luz de fogonazos de magnesio, enfocan los rostros gozosos de ambos divorciados que sonríen satisfechísimos. ¡Qué clase, eh!

Saquemos otro, al azar. ¿A ver? Bueno: tiene poca gracia. Es un recorte del diario Time. Aparece la foto de la que fué esposa del general Mac Arthur. Se recuerda su divorcio; y como el exmarido se ha vuelto ahora tan famoso los periodistas atormentan a la pobre mujer indagando los motivos que la forzaron a divorciarse nada menos que del "héroe de las Filipinas".

Pero no sigamos urgando los bajos fondos de una gloria nacional puestos acá al descubierto. ¡Mejor no meneallos!

Tomemos uno nuevo. Aquí están nada menos que los famosos escritores Dorothy Thompson y Sinclair Lewis. En sus libros han dado solución a insolubles problemas internacionales con admirable comprensión humana. ¿Cómo? ¿Y no han logrado entenderse mutuamente? ¿Les ha sido preciso también a ellos apelar al divorcio? Y, qué desgraciado ese pobre niño, Michael Lewis, corriendo de uno a otro padre separados sin saber con quién de ellos habrá de quedarse.

Un ejemplo más. Trátase de un recorte chiquito también del Time. Hélo acá: En Saint Joseph, un niño de no más de siete años presentóse ayer a los tribunales solicitando un permiso de matrimonio. Preguntado para quién lo quería repuso: "Para mi mamita y el papito nuevo que ahora vino a casa". ¡Qué amor! ¿No es cierto?

Mrs. Marie Kohn de Detroit entabló demanda de divorcio contra su marido, Hassin, adivino profesional, porque no le daba filtros de amor, y porque rehusaba buscar en la esfera de cristal la solución de sus problemas domésticos, y finalmente porque no quería leer las líneas de su mano (La Nación, 6-X-44).

3. AL SON DE LAS SILFIDES DE CHOPIN

Ocurrió el día del compromiso de Poupée Mientras las parejas bailaban alegremente en un ángulo, conversaban unas señoras, sus esposos y algunas vírgenes exoletas, como las llama Plauto; es decir unas cuarentonas inuptas, eternas cuchicheadoras de escándalos sociales.

El comentario tocó mil temas: Bernardette, Ducatillon, la renuncia de los Ministros, el

nacismo argentino, y, al término, el divorcio.

—"Yo no lo defiendo en favor del hombre, sentenció un vejete de mirada fría, porque el hombre haya o no haya divorcio hará siempre lo que le venga en gana y tendrá las mujeres que quiera". Las damas oían impasibles. "Yo lo sostengo en favor de la mujer que lleva la peor parte en el hogar desgraciado". Las damas gritaron a coro en un solo pronto: "Ah, sí!, claro está!".

Y se contaron de seguido con patetismo ejemplos de esposas jóvenes enamoradísimas que fueron abandonadas a los dieciocho o a los veinte años con sus hijitos.

"Pero ¿hay derecho, argüían, de que esta pobre no pueda rehacer y vivir su vida? Esta frase estilizada quiere decir sencillamente: juntarse a un amante sin incomodidades sociales y con goce de buen nombre.

El viejito añadió: "Si los curas no quieren quedarse a solas en sus iglesias tendrán que ceder ante el divorcio, como están cediendo frente al comunismo, y como ceden siempre que corre dinero". Aquí las damas citaron ejemplos con nombres y apellidos de divorcios otorgados por el Papa a precios pingües.

En la amplia sala las parejas bien ajenas a todo esto se juraban amores eternos, y danzaban al son de Las Sílfides de Chopin. Era una reunión musicalmente cursi.

Aquí, en el rincón donde yo estaba, el feminismo obtenía su última conquista. Pedíase paridad entre hombre y mujer, no ya en las economías ni sólo en la política ni en las carreras profesionales, sino también en el pecado. "Total, no hay un decálogo para el hombre y otro distinto para la mujer" corroboraba el vejete.

Y proseguía su alegato pro-divorcio con argumentos tendientes a explotar el sentimentalismo mujeril, considerando siempre al hombre y a la mujer que se refugian en el divorcio como dos ángeles, sin concupiscencia ni pasión alguna, que viven en un mundo celestial perfumado de pureza.

Tengo fama de ladino y callarme en ocasiones como éstas, frente a un ser caduco y amigo de impresionar mujeres con argumentos sensibleros, me cuesta un heroísmo. Sobre todo porque ya veía cómo se estaba adjudicando un triunfo oratorio y preveía que saldría de allí jactándose de haberme dejado sin réplica.

Callé, sin embargo. Fuí heroico. Heroico no, más bien lo suficientemente menos tonto que precisaba para no enredarme en una gritería a destiempo. Por otra parte, el copetín es un enemigo peligroso y mis contertulios robustecían su lógica victoriosamente sostenidos por ese formidable aliado.

Además, seré sincero, alegarle al divorcista contra el divorcio es como hablar contra el novio a una enamorada; pues tiene tan lleno de él su corazón que el amor le impermeabiliza la inteligencia para que en ella nada penetre.

—¿Hay derecho de que una pobre engañada de dieciocho años no pueda desligarse de su vínculo y volar a nuevas nupcias?

—No lo habría de verdad considerado el caso desde la moral natural, si la concesión otorgada en favor de una pobre engañada no se tradujera de inmediato en desbarajuste y afloje de la familia y de la sociedad entera. Pero el desarrollo del divorcio en los países divorcistas documenta que una mujer que vuela a nuevas nupcias alza un revuelo de miles de mujeres, las cuales presas de parejo anhelo migratorio, como las golondrinas, en bandadas se arrojan en busca de nuevos nidos tibios. Y en los hombres, seres más egoístas de ordinario y que afincan cada vez menos en el hogar, ni qué decirlo.

No se tiene piedad por la leprosita de dieciocho años, y la sociedad la centrifuga rápidamente para evitar mayores males. Y no se hallará orador que perore en favor de la pobre alegando que tiene derecho a vivir su vida. Trátase de una amenaza o peligro físico a vista de ojos y que impresiona. Callan los oradores y callamos todos. Llora la familia, y a la pobrecita la sacan un día, y se la llevan al leprosario, perdido irremediablemente el derecho de vivir su vida.

En el caso de la otra infeliz abandonada con un corazón ardiente y unas ganas tremendas de caricias, trátase de una amenaza o peligro moral visto sólo por la inteligencia, y por eso menos impresionante a la sensibilidad.

De acá que el divorcista gana fácilmente el lado emotivo del oyente, incapaz de percatarse del mal a distancias hondo y velado que con el divorcio la sociedad padece, luego que se introduce la primera cuña de disolución del hogar.

Todo individuo es ser social. De allí que no se le conceda lo que aún siéndole conveniente como a persona aislada no lo es a la

sociedad. Y la pobre leprosita es encerrada aunque arda de ganas de vivir su vida.

De igual manera la malcasada joven y linda, si se le da con el gusto y se la deja atendido solo su bien individual vivir su vida en un nuevo legítimo amor, cuartea la sociedad entera, aunque no lo crean así los que no ven más males que los que tienen ante las narices.

4. EL BARRENEO DE LAS CARCOMAS

Reflejaré aquí a este propósito unos pensamientos de Chésterton.

Los que trabajamos metidos en cubos rectangulares cerrados, y pasamos el día doblegados sobre las cuartillas, qué dicha cuando hartos de papeles nos levantamos a desperezar frente a la ventana, a sorber todo el aire del jardín, y a dar retozo a los ojos lagrimiantes.

¡La ventana! Sí, la ventana es una abertura; y, sea que abra a un jardincillo o a la vega dilatada o al mar infinito, la ventana es muy simpática y muy cautivante. El cubil es el empretinamiento. La ventana es la libertad.

¡Ah! Entonces convirtamos en ventanas de libertad todo el edificio para satisfacer hasta la raíz nuestros anhelos de luz, de belleza y de horizonte distendido. ¡Nada de paredes, nada de techos, ni siquiera de pisos, doquiera ventanas!

Pero, , he aquí, que al convertir todo en ventanas hemos acabado con el edificio y con la ventana.

Pues, quitados los símbolos, esto es lo que ocurre con el divorcio. A primera vista es atrayente ventana de libertad practicada en el recinto hermético del matrimonio. Pero ábrase un solo resquicio y, como si la sociedad entrara en desvanecimiento, se verá que todo el edificio se abre indefinidamente en vacíos y más vacíos, hasta desaparecer el matrimonio y el divorcio en la enorme disolución del amor libre, que apareja el aniquilamiento de la sociedad, de la familia y del individuo.

El canto a la libertad que ahora oímos en todos los tonos como una obsesión me suena a canto a la ventana sin pared. Libertad de prensa ¿y qué queda de la verdad? Libertad de divorciarse ¿y qué queda del matrimonio?

Con razón dice Chésterton: quienes desean el divorcio debieran empezar por preguntarse si desean el matrimonio. Como el hombre cuerdo que quiere la libertad de la ventana es porque antes ha querido el encerramiento de la habitación. Ahora bien; por poco que analicen lo que el matrimonio es en la sociedad comprenderán que le suprimen poco a poco con sólo practicarle una abertura.

Muchos, muchísimos defensores del divorcio son sinceros y bien intencionados en sus reclamos. Hallan en él una solución inmediata, y a mano, a muchas situaciones ahogadas. Tienen derecho a vivir sus vidas, decía el viejecillo enardecido en el compromiso de Poupee. Y ponía calor en el argumento porque se figuraba al vivo el cuadro de las pobrecitas abandonadas. Buen corazón, sin duda, pero mala inteligencia. Pues no advertía que esa su solución a la mano, oportunista y demasiado fácil se parece a la del castor, cuando se pone a mordisquear y socavar el leño que obstaculiza la entrada a la madriguera, sin percatarse que puede luego caerle encima, aplastándolo.

Con loable buena voluntad, creámoslo así, pero con lógica de castores tratan los divorcistas de buscar remedio al único mal que ellos ven, el de la pobrecita engañada, y al que pegan los ojos de tal suerte que no alcanzan a ver unos centímetros más allá los males peores que tras el divorcio caen sobre la sociedad.

Proceden como aquellos que por haberse estrellado contra un pilar quisieran sacarlo de en medio, pues creen que puesto allí, donde ellos puedan chocar, es un disparate. Y de verdad no ven en el pilar, por pegar tanto los ojos, otra cosa sino que en él se pueden estrellar; y se les escapa que, al sacarlo de en medio, todo el edificio se les desrrumbará encima.

La indisolubilidad es pilar sobre el cual asienta toda su construcción el matrimonio. Y, cada día se dan de narices allí cuantos se arrojan atropelladamente al casamiento; amén de los infelices, de los de mala suerte, y de unos pocos misteriosamente predestinados por Dios para víctimas del dolor del mundo. Pero cuantos se estrellaron y cuantos se conduelen de los estrellados aparten por favor un poco los ojos de la columna, vean la fábrica entera de la sociedad pesando allí, y, aunque la cara les sangre del golpe o estén achichoneados y contusos, no les pasará siquiera por las mientes quitarlo de en medio.

"He aquí un castor inconscientemente ro-

yendo el soporte máximo del hogar" —decía yo para mis adentros al oír al viejito divorcista—. Para él y para cuantos miopes andan por la vida la indisolubilidad matrimonial es estorbo a la vista.

Y cuanto más pegan los ojos a la indisolubilidad, pilar con chorreras sanguinolentas de no pocas mujercitas abandonadas, más razón tienen en reclamar: que se saque aquello de enmedio, porque atenta a la libertad y lesiona el derecho de vivir la vida.

Por eso la prédica divorcista emociona a simples, a mujerucas, a gentes de cortas entendenderas incapaces de abrir bien las pupilas al abrazo de un vasto panorama.

Y por eso también cuanto se diga con el propósito de persuadir a un divorcista sobre su error está a priori condenado al fracaso. La miopía no se cura con argumentos.

Si no, observen los razonamientos alegados en favor de la disolución del vínculo y hallarán que se trata siempre de un ciego mordizqueo de castores.

Pregúnteseles sino previamente a esas gentes: qué cosa sea el matrimonio, cuál la naturaleza del contrato, cuáles sus finalidades individuales y sociales, y se advertirá que combaten a obscuras contra lo que no han entendido jamás.

Desgraciadamente el sorbo, implacable, y ciego barreneo de carcomas ha avanzado tanto en su acción demoledora, y se oyen a ratos crujidos tan ásperos, tan amenazadores que nuestra sociedad, a esta hora, parece afirmar toda su fábrica —o yo mucho me equivoco— sobre pilares cribados.

La estolidez y la ignorancia son los aliados máximos del divorcio. Pero no lograrán ustedes jamás sacar las carcomas al sol. Porque airearlas es darles la muerte. De idéntica manera, adoctrinar a los divorcistas a cerca del matrimonio, iluminarles un poco la inteligencia, y mostrarles el por qué del vínculo eterno equivale a desarmarlos. Por ello sistemáticamente rehuyen el estudio de todo eso.

Ahora bien: Lo superficial adobado con un poco de romanticismo conquista de inmediato una gran masa de lectores. Porque la sociedad presente tan sábelotodo se está volviendo emperatriz magnífica de la tilinguez. Canoniza a los tilingos que le traen un vaso de veneno para curarle la imperial jaqueca; y se socorre con soluciones inmediatas e ingenuas que multiplican el mal en vez de curarlo.

La esposa abandonada no precisa divorcios, a menos que busque andar de brazos en brazos. Necesita poderosa Fe sobrenatural, conocimiento a fondo del valor del sufrimiento y del sentido viajero de la vida, como lenitivos los más eficaces a su incurable dolencia humana.

5. "DEME VEINTE CENTIMETROS DE PERRO"

Como decíamos recién los prodivorcistas no contemplan con visión comprehensiva toda la órbita de la sociedad en que encaja el matrimonio.

Ven un corazón dolorido y convierten toda la sociedad en corazón. Y mal anda el corazón cuando anda sin cabeza. Harto frecuentemente lo que es bueno para el corazón es malo para la cabeza y de revés o viceversa.

Y cuando la sociedad no se la contempla nada más que por un flanco o por una cara corre el riesgo de que lo favorable a la tal cara ceda en disfavor de toda la sociedad, como el agua beneficiosa para la sed mata al hidrópico, según se ha dicho mil veces.

Quienes ven un aspecto nada más de las cosas y lo toman por el todo se parecen a aquellos, dice Chésterton, que puestos a comprar un gozquejo le dijeran al perrero: "Diga, Don, deme veinte centímetros de perro", sin importales un ardite por donde va a cortar el vendedor. Como si el can no tuviera ni pies ni cabeza, como las razones de los divorcistas.

Para éstos el matrimonio carece de extructura orgánica, y piensan se puede cortar por su indisolubilidad, como se cortan longanizas, sin desbaratar la armonía total que se les escapa.

La dolorosa experiencia de los países divorcistas, principalmente de Estados Unidos, evidenciará que efectivamente la ley de disolución permite rehacer vidas y hogares a muy contados seres, por un lado; pero, por otro, está tapando el amor libre de varios millares de egoístas, está colaborando poderosamente a la denatalidad, está sangrando miles de corazones, está escandalizando hasta a los gedeones de la decencia, gente no fácil de escandalizar, quienes no saben cómo sacudirse la experiencia divorcista o por lo menos como frenar sus desbordamientos.

Lo que debe saber quien se casa

LA moral católica no transa ni transará jamás con el divorcio, déjenme repetirlo, entre otros muchos motivos por el muy sencillo de que la moral católica cree que el hombre y la mujer tienen concupiscencia.

Concupiscencia un poco dormidita, es cierto, en las niñas buenas si no han cumplido todavía los veinte años, si el hogar las cuida, el novio las repeta o se hacen respetar, y comulgan ambos con frecuencia.

Concupiscencia bastante domada en las gentes de principios y de virtudes.

Concupiscencia casi extinguida en los santos.

Y concupiscencia que arde al vivo en la inmensísima mayoría de hombres y mujeres. Aunque Usted las ve en el baile elegante y en el banquete de damas despechugadas y caballeros de albas pecheras, y cree por las apariencias que ni las bailarinas, ni las decotadas, ni los pechos blancos abotonados, sienten nada. Como si en las venas les corriera sangre de horchata.

Pero Usted y ellos y la Santa Iglesia saben muy bien que la procesión va por dentro, y que es el mundo concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos, aunque la soberbia de la vida fuerce muchas veces a la carne y a los ojos a portarse en público como si no los encendiera dentro la concupiscencia.

Este dogma básico de la moral católica enseña que si se hace una excepción a la indisolubilidad y se suelta a los casados de su vínculo dejándoles libre el poder casarse, ella con otro y él con otra, el matrimonio se resquebraja y se viene abajo. Y como el matrimonio es la única fuente de vida social, él arruinado, se arruina la vida entera.

No le dirán a nadie ni a sí mismos siquiera que no hay más motivos que el haberse encariñado ella de otro; o el de otro, o alguna futeza como ésta.

Así es la gente. Así somos. Y un divorcio fecunda nuevos divorcios que se multiplican como hongos, y crea donde se lo implanta clima de divorcio. Es decir vuelve endémico el ambiente. Lo documentarán luego las estadísticas.

No replique usted que una ley severa puede cortar abusos. Esa es la teoría, y fuera posible si no hubiera concupiscencia. La práctica enseña que las leyes más severas y los jueces más insobornables han debido ceder y ceder; y los divorcios se otorgan por auténticas y perfectísimas majaderías.

Así es la gente. Así somos. Y el matrimonio en la estimación de los hombres se vuelve artículo de goce personal instrumento de bienestar egoístico. Lo que debe ser fuente de vida en donde recoja la raza seres nuevos que la recuperen de las devastaciones de la muerte, se trueca en aliado de esterilidad que conspira contra la vida.

Bien dijo el que dijo a las mujeres modernas que por no perder juventud suprimen el hijo: "En vuestros vientres, por daros un poco de vida, matáis la raza".

Así es la gente. Así somos. Hágase una excepción, una solita, por la causa más gravísima imaginable y que los casados queden libres, y se verá como en todas partes empiezan poquito a poco, mas en número siempre creciente, a aparecer parejas que quieren separarse porque la situación es terrible y unidos, dicen, no pueden vivir un instante más.

Lo peor es que con ello la misma mujer

pierde su carácter cósmico. Lo diremos menos pedantemente: su carácter sagrado. Se vuelve flor de goce puesta a merced de la voluptuosidad del hombre y por ende se esclaviza. La indisolubilidad da a veces dolor, pero también da reyecía a la mujer.

Digan lo que quieran, Jesucristo al reafirmar la absoluta indisolubilidad del matrimonio en su Iglesia y al asegurarnos que tal fué desde la creación del hombre el deseo de Dios, ha sido el más grande feminista de la historia.

2. LO QUE SUSURRAN LAS AMIGAS ANTE EL RECIEN NACIDO

Añádase que con la perspectiva vislumbrada de una posible ruptura en el futuro, las parejas se casan a ciegas sin reflexión alguna, a tontas y a bobas. Lo que no acaece ciertamente cuando el matrimonio es un callejón sin salida, y va la cosa para de por vida.

Ni decir que convertir el matrimonio en beneficio de dos, y no de la especie, equivale a cegar automáticamente las fuentes de la vida. La pareja en cuya conciencia no esté constituir un matrimonio católico sino de estación, de ensayo, de temporada, y de mientras dure el amor, nada longevo, tratará por todos los medios posibles sean morales o inmorales de esterilizar sus uniones; aumentándose de esta suerte en forma bárbara la denatalidad de los pueblos.

Añádase que un hogar sin hijos al menor choque de caracteres o de opiniones se disuelve. Un país de divorcismo legal suelta todos los frenos sociales que anudan los hogares. Crea además un ambiente tentador. Pues pareciera que el divorcio viene a ser algo imprescindible a toda pareja que se precie de modernidad.

¿Verdad que exagero? ¿No? ¿Verdad que es esto tener mucha fantasía o crearse psicosis y megalomanías?

Bien. Sea. Pero pregunten Ustedes a una buena señora que tiene cinco hijos, las que ha de padecer de cuantas modernísimas amigas la visitan, católicas, semicatólicas, acatólicas y anticatólicas; y las veces que oye la pobre repetir la cantinela: ¿Pero qué hacés? ¿Te querés matar? ¡Como si no hubiera desgraciados en el mundo! ¡Crear hijos ahora! Y otras frasecillas heroicas que por santa que la madre sea y por mucho que anhele tener hijos, a la postre acaba por asustarse y pensar: ¿pero estaré haciendo una barbaridad?

Cuando empero son conscientes ambos esposos de la indisolubilidad del vínculo que les liga harán cada uno de su parte lo que les sea posible por lograr un éxito feliz en su vida marital.

Para ello se empeñarán por limar las asperezas en el trato cotidiano, por aceptar las obligaciones del propio estado, por dominar las pasiones, por rodear de cilicio el corazón o la sensibilidad querendona a fin de no arrimarse insensiblemente al desfiladero del adulterio y de la infidelidad.

Todo lo cual aceptan los esposos cuando han comprendido la augusta grandeza de la vocación o voluntad de Dios que el matrimonio entraña.

3. ¿SABEN USTEDES QUE ES LA VOCACION AL MATRIMONIO?

Si sabe el hombre y la mujer que han ido al casamiento no entrampados por hambres sexuales disimuladas bajo velos líricos, ni buscando instintivos halagos, ni guiados por intereses económicos, ni por huir el espanto de una soltería ácida y aperreada, ni por eximirse a la tutoría paterna, ni por emprender un ensoñado viaje de bodas, ni por vestir un traje de novia, ni por lucir gracias personales en revistas y diarios, ni por alcanzar independencia, ni en suma por motivos egoístas, hedonísticos o materiales, sino por obedecer a una vocación divina manifestada en el amor sacrificado que Dios enciende en los corazones; entonces ambos esposos mantendrán gozosos sus compromisos y permanecerán fieles a sus obligaciones, aunque a los ojos de la esposa se convierta andando los años en ser trivial, standard y chato el marido idealizado cuando novio, y aunque se aje y ajamone a los ojos del esposo la bella y ágil mujercita que idolatró cuando novia.

Frecuentemente la vida contemporánea nos deja oír la queja de esposas decepcionadas. Amaron incandescentemente al hombre que se les exhibía orificado de idealidad, como el único ser atendible del mundo, por quien tenían sentido todas las cosas.

Fueron delirantes al matrimonio y golosas de embriaguez. Y he aquí que aquel hombre al poco tiempo se instala en una cómoda indiferencia.

Tras el trabajo cotidiano se restituye al

hogar absolutamente despreocupado de ella, desamorado y como obligado a seguir un ritmo establecido de vida más por inercias que por amor, al igual que el animal de la alquería que automáticamente realiza su trabajo, y va y viene cada día sueltas las riendas, y se detiene en el punto fijo de la costumbre.

Cesan muy luego las atenciones, las protestas de amor, las mutuas preocupaciones, los éxtasis, el constante cuidado de sí mismo que guarda el hombre ante la mujer amada. Porque no existe ser que pueda pasar la vida entera con el coturno calzado.

Y con frecuencia es demasiado profunda la impresión que producen en la mujer que ama los más mínimos detalles. ¿No ha ocurrido nunca que la joven padezca un desencanto al ver a su idolillo en babuchas, desabrochado o en mangas de camisa?

La vida de hogar renueva más de una vez el espectáculo de Noé bebido, y la mujer más exquisita se verá, en ocasiones, precisada a enfangar sus ojos con miradas antiestéticas. Estamos amasados de humildad y la que no se apee del trípode lírico en que soñó colocar para siempre su existencia deberá renunciar a este mundo.

Si a todo esto menudo se suman deficiencias mayores provocadas por enfermedades, crisis económicas, pareceres encontrados en la educación de los hijos, diferencias familiares, horas sombrías, forzosos aislamientos impuestos por el trabajo o la enfermedad, suspicacias fundadas o infundadas de desamor o de infidelidad, días y semanas de silencio glacial, únicamente los esposos unidos por una vocación sobrenatural podrán salir victoriosos de la prueba de la familia contemporánea.

"No subsistirá ningún hogar si no es a base de dominio de las pasiones, de renunciamientos constantes y de cultivo de virtudes sólidamente cristianas". Quien no acepta esta aserción de Pío XI, en la Encíclica Casti connubii, prueba no haber entendido la vocación del matrimonio, prueba que ha caído en él a ciegas. Y es lógico que halle en el divorcio una tabla de salvación para el naufragio de su vida.

Cuando el hombre no abrazó el matrimonio como una voluntad de Dios, que se torna a veces terriblemente rigorosa, sino como un bienestar temporario que satisface por una parte el amor animal y por otra cohonesta y legitima las fusiones carnales, es muy humano y la cosa más natural del mundo, que, harto de un amor, busque otro; y que "luego de un tiempo, cuando no le apetezca la mujer que marchitó, se arroje a perseguir chicuelas frescas de esas que le encienden la sangre y le aceleran las pulsadas", como dice Mustafath.

Por su parte también es muy humano que la mujer hastiada de un marido rutinario, negociante y que la reduce a cocinera, ama de sus hijos y casera sienta hastío del hombre de quien ya no recoge ni un afecto ni una palabra de amistad, y acaricie con miradas abrasadoras y coqueteos querendones al nuevo admirador que la encandila.

Una noción cristiana y verdadera del matrimonio no se puede poseer si no se empieza por tener una noción cristiana y verdadera de la vida. Quienes, si no en la teoría al menos en la práctica, se creen instalados en la vida sólo para gozar, y no pueden aceptar que pasan por un período de prueba, de comportamiento rigoroso, y de hacerse violencia, son consecuentes al convertir al matrimonio en franquía de licencia, y en reclamar el divorcio cuando están hartos de unas nupcias para brincar de inmediato a otras nuevas en busca de más apetitosas satisfacciones.

—¿Qué implica la vocación verdadera al matrimonio?

—La vocación verdadera al matrimonio implica amor conyugal.

—¿Qué es amor conyugal?

—Amor conyugal, que debe informar todos los actos y todos los deberes en la vida de los esposos, no es amor de concupiscencia, sino de benevolencia. "Es amor santo puro, singular, por el cual los esposos no se aman como se aman los adúlteros, sino como Cristo amó a la Iglesia..."

—¿No podría decírsenos todo esto con un poco menos de crudeza?

—Cierto, ¡Perdonen! Pero estaba citando la Encíclica Casti connubii (Parte primera. Nº 17), la que a su vez reproduce las palabras transcriptas del Catecismo Romano (II, Capítulo VIII, q. 24).

—¿Y qué es eso de amor de benevolencia?

—Crudezas aparte, "amor de benevolencia fué, por ejemplo el de Jesús, quien amó y abrazó a su Iglesia con inmensa caridad, no por propia conveniencia sino solamente mirando la utilidad de la esposa. Tal amor no se funda en el apetito carnal, fugaz y perecedero, ni en palabras halagadoras, sino en un

afecto íntimo inspirador de los mayores sacrificios en obsequio de la persona amada". Estas últimas crudezas pertenecen a San Gregorio Magno.

Tal amor, cuando es además sobrenatural y se orienta a la Vida divina imperecedera, inspira a ambos esposos reciprocidad de ayuda mutua en orden a la formación y perfeccionamiento del espíritu, en el ejercicio de la virtud, y principalmente en el amor de Dios y del prójimo. De suerte que los esposos, en el matrimonio ultramoderno, pueden alcanzar las más altas cimas de la perfección cristiana.

(No se me enojen las carmelitas, pues estoy bastante lejos de afirmar que el matrimonio constituya un estado más perfecto que el de la vida religiosa. Pero cierto es que, puestos por Dios aun en estados de si menos perfectos que otros, pueden los esposos alcanzar cumbres de santidad).

En suma, vocación al matrimonio es anhelo de lograr la pureza de este amor, que aquí digo, inspirador de los mayores renunciamientos y de los mayores heroísmos en favor de la persona humana, amor que conspira antes que nada a la perfección espiritual del ser amado. Y quede el tema sugerido ahora, nada más. Volveremos a tratarlo más despacio al considerar la grandeza del matrimonio cristiano.

4. LA SUPERSTICION EN EL DIVORCIO

Los pueblos divorcistas han evidenciado que el reclamo de liberación del matrimonio cobra un auge aterrador, que un divorcio abre las compuertas a un millón de divorcios, y que un motivo más o menos allana el camino a cuanto pretexto irrisorio presuma alegarse. Pero por sobre todo ha podido constatarse que el divorcio ejerce en la multitud una especie de sugestión supersticiosa, un atractivo claramente mechado de superchería.

En prueba de ello voy a transcribir una página repleta de observación que toca simas profundas de la psicología del divorcio. Pertenece a Dorothy Dix, mujer que como ninguna ha amontonado experiencias en torno a los problemas del amor, del noviazgo y del matrimonio.

"Si se excudriña, dice, con un poco de hondura la recóndita psicología que inspira la ruptura legal del matrimonio se hallará que marido y mujer en una proporción de nueve por cada diez creen que el divorcio les restituirá ¿adivinen qué cosa? —Pues la gracilidad y la belleza de jóvenes.

Creen que saldrán de los tribunales convertidos, como por arte de birlibirloque, ellas en chiquilinas juguetonas, y ellos en muchachitos pintiparados.

La inmensa mayoría de esposos que deshacen la familia lo hacen no por causas gravísimas, como a primera vista podría creerse, sino simplemente porque se aburren de no saber qué hacerse ni qué decirse.

Han bebido uno del otro todo el jugo de deleite físico que podían brindarse. Les hartan los chicos con sus incesantes peleas y caprichos, les estallan los sesos de oír algazaras, y por sobre todo: "¡Qué linda, piensan, era la vida veinteañera cuando éramos libres! ¡Cómo gozábamos de la primavera y del amor!". ¡Oh embelesadoras nostalgias! "Pues, volvamos a los veinte años. ¡Jueces, esta vida marital nos enferma, es intolerable, nos asfixia. Dennos, por Dios, Ustedes, un certificado de divorcio!"

¡Ilusos! Piensan que suelto el nudo familiar que los aprieta milagrosamente se adelgazarán los vientres prominentes, se esterilizarán las caderas adiposas, sobre los cráneos mondos y lirondos ondearán cabelleras frondosas y un lustre nuevo hermoseará el cutis opacado.

¡Tontos de capirote! Hasta llegan a soñar que otra vez una luz conquistadora fulgurará en lo hondo de las marchitas pupilas y que volverán a vivir romances de amor juvenil perdiéndose unidos del brazo a un nuevo ser idolatrado, en el corazón de las tardes primaverales".

Por supuesto la metamorfosis no se produce y tras el divorcio caen en malhumor canino, en desilusión donjuanesca y, no pocas veces, en estéril arrepentimiento.

No faltan, no lo vamos a negar, seres morbosos, incapaces de sentimientos humanos, egoístas supremos a quienes interesa un comino desbaratar el hogar, sumir en práctica horfandad a los niños, abandonar la mujer honesta y arrastrar por el fango el buen nombre de una familia. Pero los legisladores de leyes de divorcio si creen beneficioso a la nación abrir puertas de salida al matrimonio debieran antes que nada, si es cierto que les interesa la moral del pueblo, dictar leyes no menos eficaces que cierren las rutas de entrada a los indignos y a los degenerados.

El mercado del divorcio

EN los países divorcistas el divorcio está desangrandó económicamente a las familias.

Un economista norteamericano aseguraba no ha mucho que cada juicio de divorcio viene a costar a los litigantes la bicoca de unos 250 dólares como promedio. Es decir, la pensión anual de un hijo en un buen colegio.

En un estudio sobre Reno (ciudad del estado de Nevada que se ha convertido en la Meca de los divorcistas) escribía Max Miller que el divorcio constituía allí el mercado máximo:

"Esta ciudad, asegura, se ha convertido en un emporio de gentes ociosas, de esposas abandonadas, de maridos a quienes no interesa otra cosa que el club y el deporte, de mujerzuelas que medran con casorios de ocasión, de vampiresas que andan a la pesca de un vejete rico a quien tratan de enamoriscar, de maridos corníferos cuyas mujeres hacen ojitos y señas a cuanto muchacho feminoide se les pone a tiro, y de una plétora de peregrinos y forasteros que van a ella a arreglar sus dolencias cardíacas.

Pero, claro está, Reno, la famosa Reno cuyo esplendor el cinematógrafo ha hecho conocer al mundo entero, es el mercado máximo del divorcio yanqui. Nada extraño, por consiguiente, que jueces y abogados de otras ciudades conociendo el pingüe negocio trataran de fomentar la proficua industria y de entrar en competencia con los de Reno.

Pero, muy a su pesar, tuvieron que capitular ante la experiencia, la habilidad y la viveza de los manipuladores renenses de divorcio.

Es tan reconocida la competencia de estos señores en la materia que cuando un abogado de New York tiene que vérselas con un caso difícil, y no acierta a salir del atolladero telefonea a cualquiera de los colegas de Reno. Somete la cuestión a su peritaje. Y recoge orientaciones sobre el modo cómo habrá de componérselas con los jueces, cuyas mañas conocen al dedillo.

Diez estudios de abogados viejos han copado el mercado de Reno. Ventilan el noventa por ciento de la lites divorcistas.

Dije recién que un juicio se cotizaba en unos 250 dólares. Esto, como término medio, pues no se ajusta a una tarifa fija, sino que el costo es tasado por jueces y abogados en cada litigio según las solvencias de los divorciados. Y, pueden ustedes suponerlo, no faltan divorcios de millonarios los cuales dejan márgenes que hacen honor al mercado".

Max Miller después de asentar lo que antecede en el citado artículo sobre Reno, inserto en una entrega del The Readers' Digest, describe un buen número de locuras, excentricidades y arrebatos, en que caen los divorcistas de aquella ciudad, notando que de cada diez mujeres nueve son arrastradas al divorcio contra toda su voluntad. Los excesos de desesperación y de miseria en que se abisman las míseras repudiadas por sus maridos provocan en todo espíritu sano consternación y asco.

Reno, en tanto, pese a sus negociados escandalosos es amparada por la ley. Y una pléyade de cronistas, fotógrafos y cinematografistas se entrega con alma y vida a propalar por el mundo los gestos y las sonrisas de las últimas estrellas, damas sociales y personajes prominentes que salen de allí renovados".

2. AVISOS INFAMES

En un libro furiosamente divorcista titulado "Infortunios conyugales" Jorge Bartlett,

juez de Reno, quien intervino en más de 20.000 pleitos durante sesenta años vividos en medio de turbulencias, nota que la fama de Reno provino de las facilidades de divorcio que otorgó el estado de Nevada, y de un aviso sin escrúpulo redactado por Mr. Schnitzer, abogado de Nueva York, quien con perversa astucia deslizó en periódicos y programas de teatros este anuncio:

EL DIVORCIO EN NEVADA

- ¿Usted está descontento de su matrimonio?
- ¿Usted desearía divorciarse?
- ¿Usted quisiera un trámite rápido, seguro, secreto?

- Solicite mi folleto
- Información completa
- Envío gratis

Diríjase a: W. H. SCHNITZER

(Carta rigurosamente confidencial)

El folleto garantizaba éxitos en todos los casos, aun en aquellos que los abogados aseguraban no poder solventar con las leyes de otros Estados. Cundió la fama de Reno propalada por la prensa que daba cuenta minuciosa de los pleitos sonantes; como el del ricachón William Corey, a quien con éxito demandó su mujer Laura Corey, porque el esposo le fué infiel con una corista.

En 1920 alcanzó resonancias mundiales, contribuyendo a la propagación prodigiosa del divorcio, el de Miry Pickford contra su marido Swen Moore.

Mary Pickford, la bella, desde hacía tiempo no se entendía muy bien con su marido Moore. Entendíase en tanto muy bien con su empresario. Y el 15 de febrero de 1920, sin llamar la atención de nadie, fuése a vivir en un punto de la jurisdicción de Nevada.

Exigía la ley entonces seis meses de residencia por parte al menos de uno de los cónyuges, y la presencia del otro én el mismo estado. (En 1927 se redujo a tres meses y se comenzaron a tramitar los pleitos por medio de procuradores para no distraer de sus negocios en Nueva York a los divorcistas potentados).

Pues bien. Allí se estaba calladita la bella haciendo tiempo hasta que un día de esos en que los hombres andamos con la mala se le ocurre a Swen Moore el marido abandonado ir a Nevada con un equipo de fotógrafos para tomar escenas de minería.

Todo fué llegar allí y caerle encima una citación del juez Frank Lagan que le obligaba a comparecer ante su tribunal. El infeliz Swen Moore quiso defenderse pero en vano. Se hallaba con su esposa "en un mismo estado". La ley amparaba a la Pickford, y el mísero no tuvo más remedio que ver desaparecer de su cielo la ansiada estrella, que fué a iluminar las noches de otros venturosos mortales.

No ha sido el único divorcio de emboscada. Los ha habido chusquísimos. Bueno; no los llamemos así por tratarse de una burla hiriente que atenta contra la santidad de la familia, clasifiquémoslos de grotescos y desgraciados. Pero la propalación estruendosa del caso Mary Pickford contagió a innumerables esposas descocadas que se arrojaron a los tribunales buscando gloria y ruido a precio de deshacer el hogar.

Bruce Bliven en su ensayo titulado "El Genio" inserto en The Reader's Digest, asegura que a los divorciados en lo más profundo de la conciencia les queda una amarga sensación de fracaso. Fracaso muy más doloroso que el que pudiera padecerse en una anhelada carrera o en el más trascendental negocio.

Ha podido comprobarse, añade, que los hombres de ingenio y de talento se divorcian en proporción muy menor que los seres mediocres, porque saben lograr el éxito en el matrimonio alcanzando un optable bienestar.

Constituye un baldón a toda prueba para el país del Norte, cuyos ciudadanos persiguen obstinadamente el éxito en todas sus actividades, y en donde se considera desdoroso cuanto signifique un fracaso, que se mire con indulgencia la ruptura del vínculo matrimonial, lo cual comporta el fracaso de los fracasos en la máxima empresa de la vida del hombre y de la mujer que es conquistar la felicidad en el matrimonio.

En los últimos días de octubre de 1944, la Intendencia de la ciudad de Buenos Aires dictaba un decreto reprimiendo toda clase de anuncios de propaganda de trámites divorcistas, que propalan la disolución de la familia argentina en países como Uruguay, Méjico o Norte América.

Los fundamentos del decreto luego de recordar que la indisolubilidad constituye una

propiedad del matrimonio cristiano, fuente de la grandeza étnica de nuestra nación, cuya defensa encuéntrase en el espírtu de las leyes argentinas, asevera que la tramitación del divorcio involucra prácticas y procedimientos abogadiles no siempre en consonancia con la ética profesional.

Fácil es de imaginar el golpe al alma de los esposos, sorprendidos en un mal momento de la vida conyugal, que dan los cartelitos colgados en los trenes subterráneos o estampados en revistas de subido color y tiraje, que persiguen más el mercado que la cultura, con la leyenda: "Se tramitan divorcios en 24 horas".

Hay algo de perfidia celestinesca en tal invitación, al parecer inocente y en realidad deletérea, porque aprovecha veleidades y disgustos momentáneos para traducirlos en decisiones consumadas, tras las cuales será inútil el arrepentimiento, quedando en el alma la sensación lacerante del fracaso.

No se nos objete que el abuso es inherente a toda obra humana expuesta siempre a la explotación de los deshonestos, y que parejo mal se filtra aun en los procesos judiciales que persiguen fines nobles. Porque la misma naturaleza del alegato de divorcio, que escarba en la conducta, busca cada vez más fútiles pretextos en apoyo de la ruptura del vínculo.

Se ha constatado que las legislaciones se ven forzadas a ir cediendo a motivos cada vez más banales, hasta otorgar facilidades omnímodas obligadas a ello por los embates de las pasiones humanas.

Documentan nuestra afirmación no sólo la gráfica siempre creciente del número de divorcios sino las causales grotescas que se pretextan ahora en los juicios, de las cuales hablaremos después.

No es un secreto para nadie que movidos por intereses financieros jueces y abogados han explotado en su favor la maquinaria divorcista logrando rendimientos records.

3. PROXENETAS Y COIMEROS

La revista Flash en su número de mayo de 1941 revelaba que en Nueva York por cien dólares, esposos faltos de todo justificativo podían pretextar causales evidentes.

Explotadores del divorcio, decía el articulista, garantizan su obtención a los maridos aburridos uno del otro, aunque no les asista motivo alguno de separación.

Los jueces están al corriente de estos procedimientos, a base de simulaciones y perjurios, pero son incapaces de sofrenar las pasiones insaciables.

Nada más fácil que forjar una colusión o simulación de estas. Sea por ejemplo el Estado de Nueva York, cuya rigurosa ley de divorcio únicamente lo otorga cuando se prueba adulterio.

Siempre que mujer y marido aburridos desean divorciarse él se hace sorprender por su esposa en "una escena de amor o de alcoba con la sirvienta". Y ¿para qué más? El tribunal colusionado falla al pronto abriéndoles paso a nuevas nupcias menos aburridas.

Lo cual deja ver a las claras que abierta una compuerta al matrimonio, se abren todas quedando librada la sociedad al amor libre; método con el cual se conserva es cierto y propaga bien la raza canina, pero que, está probado, no es el más propicio para la conservación de la raza humana.

Hernán Benítez

¡Perros!

AQUELLA mañana Ensalada, sano y salvo, tomaba el fresco en uno de los bancos de Palermo, cuando se le aproximó un señor que vestía como los ingleses, fumaba en pipa y había tenido la suerte de encontrar un verdadero amigo en la tierra, con quien estuviera departiendo sobre el césped: su hermoso perro orejudo. El señor del perro. (le llamamos señor porque vestía ropa muy fina y llevaba un panamá auténtico), reconoció de inmediato en "Ensalada" al orador de la Avenida de Mayo.

—¡Maestro! —le llamó de entrada nomás y con la admiración del que se reconoce moral e intelectualmente inferior—. He oído las otras tardes su discurso y francamente deseo preguntarle algo porque me siento inquieto de espíritu.

—Veamos.

—Yo no robo, ni juego, ni me emborracho, ni hablo mal de nadie, ni tengo envidia al que posee automóvil elegante.

—¿Qué me dice?

—Creo entonces que soy un buen cristiano y desearía saber qué me falta para ser un hombre perfecto.

—¿Usted conoce el Evangelio?

—Algo; aunque en general me gustan lecturas más amenas, pero de buenos escritores y mejor si son católicos.

—Tiene razón amigo. El Evangelio, la Biblia, las Encíclicas de los Romanos Pontífices son muy pesados.

Esas cosas sólo pueden aguantarlas los especialistas. Bien, en el Evangelio hay un pasaje en que un rico pregunta al Salvador qué debe hacer para ser perfecto.

—¡Ah, sí! Se lo oí comentar al párroco, en la misa. El hombre no se quiso privar del dinero y se mandó mudar y vaya uno a saber si se salvó, según dijo el cura que comentan los intérpretes. Así que yo tengo que entregar todo mi dinero, y ¿de qué voy a vivir? ¿Del aire?

—También tiene eso, respuesta en el Evangelio.

—Vea; yo le voy a ser franco: yo quería acompañarle a usted en su misión de profeta y vivir un poco la vida bohemia.

—Comprendo. Usted lo que desea es hacerse el loco y largarse a decir macanas por el mundo, en mi compañía, ya que no puede conseguir celebridad en ninguna otra forma. Total la cuestión es ser famoso y la forma más fácil es la de Profeta. Hay quienes se hacen famosos bailando rumbas.

—No he querido ofenderle, solamente quisiera saber en qué forma puedo emplear bien la vida.

El apellidado "Ensalada" lo miró con su amabilidad característica y puesto que el disfrazado de extranjero se había sentado cabe sí y que el hermoso perro echado en el suelo parecía también dispuesto a escucharle, continuó de esta suerte:

—Los perros no son ni buenos ni malos, aunque sean "perros". Al fin y al cabo, los perros, por muy perros que sean no roban sino cuando ya no pueden aguantar el hambre y entonces ni es robo ni es pecado. Los perros no se arruinan en el juego porque el dinero no les interesa, ni se suicidan; tampoco sacan el cuero a nadie, a no ser que alguien les quiera quitar el cuero a ellos, en este caso se limitan a sacarle el cuero al agresor, pero con los dientes, que es la forma más suave y menos humana de sacar el cuero. Por otra parte, los perros no se emborrachan ni fuman ni engañan a nadie. Además, los perros no hacen muchas otras cosas malas que practican a diario casi todos los no perros. Todo esto por lo que respecta a la conducta negativa de los perros. Por lo que toca a la actividad positiva (porque no toda actividad es positiva aunque sea actividad) los perros son leales al dueño y obedientes cuando se les enseña. Recuerde usted al famoso Rin-tin-tin y a otros canes maravillosos que en películas cinematográficas eclipsan a los astros.

El locutor posó su vista sobre el hermoso perro mezcla de San Bernardo y Lebrel que miraba con ojos indiferentes y sin ninguna clase de envidia el desfile de los magníficos automóviles que daban movimiento a la Avenida Alvear. En efecto, por la aristocrática avenida rodaba el Citroen, el Mercedes, el Rolls-Royce, el Lincoln. Y en ese instante, dentro de un Renault, pasaban dos sacerdotes a las carcajadas.

El disfrazado de extranjero aprovechó el silencio del locutor para decir:

—Bien, pero usted me habla de perros extraordinarios...

—Aun los ordinarios, contestó el locutor sin desviar la mirada del perro, aun los ordinarios están siempre conformes con su individualidad, ya que no poseen ni les interesa la personalidad y los hombres viven constantemente cambiando disfraces porque nunca se hallan cómodos con el último.

Ahora bien, para que un perro fuera cristiano necesitaría dos cosas: una estar hecho a imagen de Dios y otra ser bautizado, aunque baste un bautismo de sangre o de deseo y no le digo a semejanza de Dios porque todas las cosas tienen alguna semejanza divina, hasta los hombres.

Pero para que un hombre sea perro necesita muchas cosas; ante todo poseer las cualidades negativas del perro, después poseer sus condiciones positivas. Finalmente carecer del lenguaje hablado y escrito, aunque nunca llegue a ladrar bien; total el perro, aunque no ladre, continúa con su "perrunidad".

El disfrazado de extranjero quedó pensativo un momento y acabó por preguntar:

—¿De modo que yo no puedo ser perfecto?

—Sí, hombre, sí; pero debe primero hacerse perro, un auténtico y perfecto perro. Después se bautiza, aunque siga ladrando (esto no importa). Luego hay que vivir en gracia de Dios y no conformarse con una conducta negativa, sino dedicarse positivamente a vivir y hacer el bien. Hasta aquí, mi querido amigo, hemos conseguido un cristiano. Ahora, para ser perfecto es menester que no se haga profeta, porque los profetas hechos a dedo no llegan a la perfección. Y no le hablo de profetas como Gandi o Krishnamurthi, no; le hablo de esos curas católicos que se contentan con explicar a su modo el Evangelio los domingos, administrar la parroquia y quejarse todo el día de lo poco que ganan. Y no los toque usted, y no los critique en nada porque lo sacan a patadas de la sacristía y le llaman: mal cristiano, hereje, apóstata y ateo. Todo porque usted les enrostra un defecto. Nos falta autocrítica amigo.

¿Cuántos sacerdotes hay que deseen sincera y prácticamente ser pobres? Claro que no tienen voto de pobreza; pero Jesucristo tampoco hizo voto de pobreza y fué voluntariamente pobre. Y los apóstoles no hicieron voto de pobreza y fueron pobres. Más aún; hoy día no es infrecuente encontrar sacerdotes que ocultan su forzosa pobreza, no por modestia sino por vergüenza. Hay no pocos sacerdotes que poseen fortuna pero son contados los que la distribuyen entre los pobres.

Ser sacerdote es una gracia de Dios inmensa pero es menester vocación y sólida, es decir, decidida. Doce apóstoles conmovieron el mundo entero. Mil adocenados no hacen sino preparar cismas y herejías.

No hace falta número sino calidad. ¿Cree usted que se conseguirá el mejoramiento y perfección de los fieles y la conversión de los no fieles con una burocracia clerical que pierde su tiempo llenando formularios y haciendo cuentas?

Si no tiene vocación no se haga sacerdote. Si la tiene y está dispuesto a seguir a Jesucristo, dispóngase a cumplir la orden del Maestro: "docete omnes gentes". Deberá dedicarse a enseñar a todo el mundo con el ejemplo y la palabra porque hay que tratar de ser otro Cristo como dice San Pablo y procurar que todos los cristianos lo sean. ¿Piensa usted que sin una evidente y sólida virtud logrará de los cristianos ricos de altas clases sociales, que abandonen sus vanidades, ambiciones, odios y ese espíritu farisaico con que se aferran a su fortuna y a su clase tratando de justificar precisamente con el cristianismo esa ventajera posición? No, mi querido amigo, "es más fácil que los camellos pasen por el ojo de la aguja y no que los ricos entren en el reino de los cielos". Pero los burgueses ricos de ahora, no se dan por aludidos porque son cristianos más inteligentes que los antiguos y saben hallar argumentos para justificarse aunque sean más avaros y "programeros" que los incrédulos.

Antes de reírse de Gandi o de otros profetas equivocados es preciso convertir en profetas, pero auténticos y austeros, a algunos que están en la verdad para su mal.

Ensalada dió una palmadita en el hombro del amigo y se fué. El extranjero cruzó la avenida Alvear y se metió en un bar. El perro se quedó solo llorando por la incomprensión y estupidez de su amo.

Lucien Fontenay

Libros

EL SACERDOTE EN EL MUNDO, por *José Sellmair*. Tradujo del alemán *Enrique Diez*, O. S. B. — 306 páginas. Ediciones FAX. Madrid. 1943.

Entre tanto libro fútil que se lleva el viento, de vez en vez llega uno a las manos que sorprende por su peso y su enjundia.

He aquí uno de éstos. No, no es brizna de vendaval. Tiene peso y no pasará sin más ni más. Libro para estudiar párrafo por párrafo, despacio y reflexionadamente. Libro para sacerdotes, desde luego, pero su riqueza de contenido deja multitud de ideas que pueden brindarse útilmente al gran público, aun al no católico.

El original alemán, terminado en 1939, obtuvo hasta 1942 cuatro ediciones. Ha sido traducido a varios idiomas, y —¿lo digo?— despertó inquinas y protestas, de una parte; y de otra, adhesiones y aplausos. Lo de siempre. Lo cual cuando ocurre señal cierta es de haber tocado la obra zonas neurálgicas de la vida y de ser no libro al viento, escrito para servir a la vanidad del autor o para llenar una colección, que ya no se sabe cómo llenar, sino libro cuya doctrina reclamaba y precisaba el público.

—¿Me dirán que al recordar esto de las tremolinas, disgustos y adhesiones que debe despertar todo libro que toca el trigémino estoy pensando en Frente a la rebelión de los *jóvenes?*

—Pues claro que sí, como que no le andaría mal de título a éste, del cual hablo: "Frente a la rebelión de los sacerdotes".

Miserable el libro escrito para corregir apoltronamientos que no arme una batahola.

No estudia este volumen al Sacerdote desde un aspecto teológico ni habla del Sacramento del Orden. Le contempla, y es lo interesante, como un ser que ha de vivir en medio del mundo para beneficio del mundo, sin ser del mundo ni aspirar a triunfos ningunos allí.

—¿Lo de siempre? ¿Lo que dijo Mercier y Francisco de Sales y San Juan Crisóstomo y lo que dijeron todos?

—Quizá. En gran parte sí, ni puede ser de otro modo. Pero, como no se había dicho hasta ahora. Porque tampoco hasta ahora se vivían en el mundo las dificultades de ahora.

EL SACERDOTE ES UN DESCONOCIDO

Podríamos decir, como del hombre dijo Alexis Carrel. Desconocido, incomprendido e imposible de comprender. Y más imposible de entender por el mundo, no precisamente por aquellos pocos que no son del mundo, en la medida que es más sacerdote; es decir, que recala cimas de mayor perfección sacerdotal.

Sí, el Sacerdote es el gran misterio constituído por un hombre que se enrostra a la vida, choca con todas sus apetencias: dineros, mujeres, club, teatro, cine; vale decir, que se vuelve extraño y anormal para la inmensa mayoría, con el fin exclusivo, alto y nobilísimo de redimir a esa mayoría de gentes de sus irrefrenables apetitos desordenados.

Ha de enseñarles cómo ellos, los hombres, deben gozar de las cosas hermosas del mundo a las cuales él renunció. Aquí la paradoja.

Y para no dar mandobles de ciego ni hacerse aborrecible, ha de cultivar en sí las virtudes de hombre: cortesía, fortaleza, decisión, valentía, virilidad, miren bien: VIRILIDAD. Porque el Sacerdote, como Jesucristo, pertenece al género masculino, no al epiceno, ni al común de dos, ni al ambiguo, ni al neutro, ni tampoco al femenino. Por ello no pretendan se convierta en marica, ni en rana, ni en molusco, ni en anfibio, ni en camaleón, sino que sea siempre y en todo varón.

Como se ve —¡y qué bien lo dice Sellmair! — ha de ser una persona dotada de las virtudes naturales del hombre, en el mayor grado que pueda. Porque mientras sea más hombre y posea más excelsas virtudes de tal, su labor sacerdotal será más beneficiosa a los hombres.

"Porque un ser blando y femenino revela un desarrollo interior defectuoso. Y no sin razón —dice Sellmair— falta el sentido sano a aquellos eclesiásticos que chorrean constantemente untuosidad, que se derriten de ternura, que son sólo sentimiento, que en toda ocasión tienen preparada una palabra piadosa o una cita bíblica".

Es tontería la de aquellos, católicos y no católicos, que se forjan la idea más disparatada del sacerdote, convirtiéndole no sé si en bonzo, en momia o en bodoque; para escandalizarse el día en que por casualidad hallan a

un Sacerdote que ni es bonzo, ni momia, ni bodoque, sino ser humano adornado de virtudes humanas.

Virtudes que sabe muy bien él, el sacerdote, no pueden ni deben faltarle so pena de volver inútil su acción entre las gentes. Tales virtudes son: la educación, el comedimiento, la solidaridad, la fidelidad a los amigos, el desprendimiento, la honradez, la pureza, la sinceridad, la franqueza, la unidad de carácter (que no sea "ahora pan y al rato can"), el humorismo (¿por qué se empeñan las gentes en que ha de ser el Sacerdote un amargado y no pueda decir ni escribir con un poco de picardía?), la limpieza, la generosidad de corazón (¡ah sí! la GE - NE - RO - SI - DAD, que sin envidias conspira al éxito de los demás), la superioridad de miras, por la cual se coloca por sobre las banderías políticas y las luchas de las naciones, para abrazar todas las cosas en un amor universal, como dice la regla de los jesuítas.

Nunca la perfección sacerdotal ha enseñado que deba el Sacerdote concretarse a la práctica de las virtudes sobrenaturales haciendo caso omiso de las naturales. Y sabe muy bien, pero muy bien, hasta el más humilde cura de alquería que lo sobrenatural no puede informar las ausencias de lo natural, que la Gracia no prende a los huesos, sino al alma, y que las virtudes infusas son la sublimación o sobrenaturalización de las virtudes naturales.

No sería virtud difícil para el sacerdote el contentarse con desearle al prójimo la vida eterna. Virtudes de éstas las tenemos todos. Más difícil es procurarle al mismo prójimo, con todas las fuerzas, el logro de la vida temporal.

He aquí la apologética contemporánea, decía C. Dawson, que el Sacerdote se interese con todas sus fuerzas por hacerle hacedera la vida a sus hermanos, la vida temporal, entiendo.

Porque todos estamos dispuestos a dar la vida por nuestro prójimo, así lo decimos; y no sé cómo se entienda esto, desde que apenas se halla uno solo con ánimo no de servir, pero ni de ayudar al prójimo. Bonito es que no estemos dispuestos a ayudar a aquél, por quien estamos dispuestos a morir. ¡Parecen éstas, corazonadas de locos. ¡Quién las entiende!

"SI TODOS FUERAN COMO USTED"

No hay Sacerdote a quien no se le haya dicho esta frase docenas de veces. —Y ¿qué sacerdotes conoce usted —replicóle un clérigo una vez al que de esta suerte lo distinguía. Y el otro mentó, de oídas, a uno de quien se decía era nocherniego, a otro glotón, a otro mercader del templo. Pero de vistas, sólo había conocido al que le enseñó a leer cuando niño, y al que asistió a su madre moribunda. por los cuales no tenía más que alabanzas. La eterna historia.

Aquí, el libro de Jacques Leclerq, Diálogo del hombre y de Dios, *obra meritísima por muchos aspectos a la que dedicaré un comentario. En el Capítulo titulado* Cristianos, *uno de los últimos, la emprende contra los Sacerdotes adinerados, y con qué fiereza:*

"Entre los mismos Sacerdotes no encontramos casi ninguno que desee ser pobre. Los que lo son lo ocultan por vergüenza no por modestia. Los que tienen fortuna la guardan celosamente y son contados los que dan todo lo que poseen".

No voy a decir que no haya Sacerdotes ambiciosos, y monetizados, hombres al fin. Pero el citado párrafo de Leclerq no considera que más de la mitad de los Sacerdotes son religiosos, y por tanto individualmente pobres y privados de darse el placer de un viaje, de regalar ni aun a la madre, de poseer lujo ninguno sino es bajo obediencia. Y los tales religiosos son pobres voluntarios que no se avergüenzan de su pobreza. De los Sacerdotes seculares, empeñados en la labor de las parroquias, no se hallarán diez por sobre cien poseedores de fortunas.

Comúnmente las gentes confunden ambos estados: el de los religiosos y el de los seculares. El Sacerdote secular no profesa pobreza ni su estado le obliga a ella. Puede heredar bienes paternos. No se ha sentido llamado por aquella invitación de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto deja tus tesoros a los pobres y sígueme". No tiene, por lo tanto, obligación ninguna de pobreza. Y escandalizarse el católico de la riqueza de un eclesiástico, si la tiene, es tontería.

El autor sabe muy bien qué se dice del Sacerdote, aquí y allá, en todas las capas sociales, qué dijo de él Nietzsche, qué piensa el profesor de universidad y qué charla el barbero. Porque todo barbero tiene porte nietzschano cuando esgrime la navaja, y posee derechos inalienables de decir burradas.

Y mientras más bruto es un hombre, más adopta el tono anticlerical de Mr. Homais, en Madame Bovary.

¡Qué lindo escribir un libro, como éste, cuando se está en posesión de una completa bibliografía sobre la materia, y encima se conoce maduradamente la psicología contemporánea! ¡Qué lujo saber además el escritor la literatura heterodoxa que objeta a su doctrina, y poderla citar a cada momento! Y tener presente también el embobamiento de los muy buenos ante el sacerdote; cómo le canonizan por cualquier crucecita que le ven hacer las chicas de las monjas. Y la malicia de los maliciosos; cómo piensa sobre él la mujer de libre vivir. Y la simplicidad de los ingenuos; cómo se le prendan las devotas en el locutorio. En suma, la realidad con todos sus pelos y señales, sin gastar una página sola en majaderías ni en música celestial.

EL SACERDOTE ES UN MISTERIO

¡Vaya si lo es! Y también una incógnita tremenda para los hombres. Porque se ha arrojado él a la vida probando que es capaz de realizar la empresa heroica de contrariar en sí el impulso cósmico de la paternidad, de perpetuarse en el hijo, de complementarse psíquicamente en una integral fusión de alma con la mujer amada.

Y como esta robinsonada es irrealizable para la inmensa mayoría de los mortales, el sacerdote lógicamente es ser admirado y temido, y al mismo tiempo un enigma. Más que eso todavía: un desafío a la vida, un duelo tendido que no termina hasta el instante mismo de su muerte. Muerte que es su triunfo, si es él el que debe ser.

Por eso todos ante el Sacerdote están un poco a la expectativa, y preguntándose para sus adentros: ¿qué es? ¿en qué parará? ¿cuál será su vida interior? ¿será casto de verdad? ¿amará a Jesucristo, como dice? ¿no empequeñecerá su formidable grandeza con amores sensuales? ¿estará con el deseo y la avaricia apegado a dineros? ¿sufre? ¿cree?

No bien su palabra apricta desde el púlpito, y campea por los fueros de la moral severa las gentes espulgan cuanto él dice, diciendo ellas: "¡Va! ¡Qué sabe éste del mundo!" "No puede entender la vida, piensan, quien ha renunciado a las grandes satisfacciones humanas".

Tiene por eso el sacerdote algo de aguafiestas, *y se le mira con prevención cuando llega, pues se ha puesto de espaldas a la vida, ha formado casta aparte, y su renuncia a las satisfacciones humanas ofende un poco a quienes no conciben pueda vivirse sin tales satisfacciones.*

Por otra parte lléganle a él las grandes necesidades y los grandes dolores humanos. Sabe demasiado de los frutos del pecado. Y tal saber ¿cómo no ha de volverle un poco sombrío, un poco despreciador de todo lo humano? "Aún para sus mismos amigos y confidentes resulta un ser incomprensible y extraño. Lo cual le hace sufrir", dice el autor. Es el expulsado, de quien no se puede prescindir; el despreciado, ante quien se precisa muchas veces plegar la rodilla; el radiado de la vida que está en el centro de ella.

Los mismos que le aman, a veces con pasión, y que son amados por este peregrino ser, sienten que hay un abismo entre ellos. Porque el amor que él brinda es de muy distinta especie que el de los demás hombres, y que el que recibe. Amor trascendente, el suyo, sin celos, sin fuegos de sensualidad, universal, que pasa a través de la creatura sin demorarse en ella para alzarse a Dios. Amor un poco parecido al de los niños. Amor que no ata al sacerdote a nada terreno, ni le saca de su soledad ni de sus renunciamientos para asirle a la creatura amada.

Su sola presencia inquieta los conciencias de las gentes demasiado adheridas a lo material, a lo mundano, a lo que hoy es y mañana no es. Su hábito silenciosamente da un llamado de atención acerca de las realidades eternas que se ven cara a cara del lado de allá de la muerte, sobre las cuales los hombres rehuyen pensar. Su presencia uno no sabe por qué va asociada a ideas ultraterrenas, demasiado afligentes para quienes viven sumergidos en la materia, esclavizados a la terrible lucha por la vida. Tienen un simbólico luto sus vestidos.

Los pecadores le ven a disgusto, pues les despierta remordimientos. Los jóvenes idealistas que desearían rebeldes romper todos los viejos moldes hallan en él al representante de los valores tradicionales, de la moral fija; y de aquí que les disguste.

El mundo ha creado tales costumbres en la educación de los niños, en la libertad de los jóvenes, en el trato de los novios, en la mutua desconfianza familiar, en la tirantez con las personas de servicio, y ha rodeado la vida de tan brutales incentivos de pecado que la tentación es más fuerte que uno, es decir, que el poderío moral de resistencia.

SOSTIENE LA CULTURA DE OCCIDENTE

El sacerdote posee la misión de sostener la cultura de occidente; o dicho mejor, la cultura evangélica, no permitiendo que la raza humana retrograde a la moral del aduar.

Con su palabra moralizadora tiende a hacerle posible al hombre la salvación eterna en su categoría de hombre, no en la de animal, para que no se salve tan sólo a tenor de aquéllo: "Oh Señor, salvarás a los hombres y a los borricos" (Salmo 35, 7).

Debe por tanto predicar una ley muy dura, pese a la afirmación del Señor: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (1. Juan, 5, 3). Porque esta raza está integrada por hombres moralmente enclenques, en desventaja palmaria para llevar el jugo divino, que aceptan a medias.

Por otra parte, no pocos católicos ven en el sacerdote el sostenedor de una dogmática a la que acolita una liturgia y un culto de los santos mechado de supersticiones. Nueva fuente de desprecios para el sacerdocio.

¡Qué tremendamente difícil equidistar entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, ser la articulación donde se traban dos concepciones opuestas, sostener la tensión metafísica de esos mundos, y componer paces entre el orangután y el ángel que llevamos metidos dentro, en el hondón de las conciencias!

Quede todo esto dicho únicamente para abrir el apetito a la lectura de este libro.

L. de Aldama

Pida en los quioscos o a su diariero el folleto:

"Varsovia en llamas"

de

ENRIQUE BENITEZ DE ALDAMA

●

Dice en el prólogo Monseñor Gustavo J. Franceschi

"En una de las horas más dramáticas de la historia secular de Polonia, cuando después de un mes y más de resistencia los patriotas del general Bor se ven obligados a retirarse bajo la presión alemana, sin que el ejército ruso, situado a veinte kilómetros de distancia, haya querido enviar siquiera alimentos a estos héroes, llega a mí un escrito, compuesto casi exclusivamente de documentos cuya autenticidad no puede ponerse en duda.

El 30 de enero de 1939 el Sr. Adolfo Hitler decía en el Reichstag: "hace 5 años hemos firmado el pacto de no agresión con Polonia. En la hora actual apenas se hallaría una divergencia de opinión entre los verdaderos amigos de la paz acerca del valor de este instrumento. En el curso de los meses inquietos del año pasado la amistad germano-polaca mostró ser uno de los factores de apaciguamiento de la vida europea". Siete meses después, sin que hubiera cambiado una sola circunstancia exterior, cinco ejércitos alemanes invadían el 1º de septiembre Polonia, y al cabo de un mes, unido en una misma acometida a Rusia con quien había combinado un ataque convergente, el mismo Hitler exclamaba en el Reichstag: "Polonia ha sido barrida de la carta geográfica". He aquí en dos frases, todo el drama contemporáneo.

Tarde o temprano toda injusticia se paga, y las cometidas con Polonia en la hora actual son innumerables. El presente folleto trae algunas y no vacilo en decir que la mínima parte. Ellas bastan para horrorizar todo corazón no corrompido. Es muy posible que al final de la guerra quede otra vez Polonia disminuída. Será entonces como el grano de trigo de que nos habla la Escritura, que cae en el surco y parece morir en él, pero del que nace mies abundante. El pasado me da confianza en el porvenir. Y repito aquí las palabras del carmelita Marcos Jandolowicz, fundador de los Caballeros de la Santa Cruz: "Oh Polonia, debes primero caer en polvo; pero como el ave del sol renacerás de tus cenizas, y tu espíritu se convertirá en la luz y ornamento de Europa".

●

50 páginas densas y documentadas sobre la misteriosa tragedia porque atraviesa Varsovia y Polonia.

Solicítelo a

SOLIDARIDAD

Sarmiento 412. Piso 1º — Capital Federal

SAN - BRA

La botella con Soda

SIN CABEZA

Que se transforma en sifón
al servir en su mesa

●

San-Bra, S. A.

Luis M. Campos 831 Buenos Aires

FLORES

SOUVENIR

(Floristas que son Artistas)

Calidad y economía

ALFREDO BOTTERO

CALLAO Y LAVALLE
U. T. 48 - 6193

EL DIGESTO CATOLICO

- La hebra de oro del pensamiento católico.
- Condensación de artículos escogidos en la prensa católica del mundo entero.
- Aparece todos los meses, trayendo cada número no menos de 25 trabajos de interés e información.
- No se prive de tener la colección completa. Todavía tenemos ejemplares disponibles desde el Nº 1 (septiembre de 1944) hasta el Nº 4 inclusive (diciembrede 1944).
- Suscripción anual: $ 6.— m'n. (Rep. Argentina).
- Al suscribirse, indíquenos desde qué número desea, y si quiere los números ya aparecidos.

EL DIGESTO CATÓLICO

DIAGONAL NORTE 730 BUENOS AIRES

SOLIDARIDAD

Lectoribus salutem!

- Aunque parezca que le copiamos el lenguaje al comisario debemos decir "con el estilo rudo pero sincero del soldado que nuestro programa ha sido no decir sino hacer". Es decir, hacer diciendo lo que debemos decir.
  —Pero ¿cómo dicen Ustedes, se nos arguye, que hacen SOLIDARIDAD si se las pasan criticando?
  —Porque por SOLIDARIDAD no entendemos tolerancia disparatada —¡maldita la armonía cristiana concertada sobre base de desatinos y de errores— sino comprensión verdadera sobre conceptos cristianos verdaderos.
- No escribimos una revista sacristanezca, con artículos plúmbeos, versos de mujeres y exhumación de cosas que a nadie interesan. Pretendemos brindar ideas precisas y conocimientos indispensables diluídos en prosa moderna un poco picaresca a veces e hilarante, para marchar al paso del pícaro y chusco siglo en que vivimos.
- Mantenemos nuestro plan primero sin trabajarles a los lectores una psicosis con la palabreja SOLIDARIDAD, que nos está resultando la peor con que pudimos bautizar al crío querido, pues parece un trabalengua, la palabreja, entiendan.
- Si quieren recibir la revista a principios de mes, más barato, y con regularidad suscríbanse. No la compren en los quioscos ni en la calle. Recíbanla cómodamente en sus casas. Desde este Número 16, correspondiente a Enero de 1945, con el cual iniciamos el Segundo Volumen, la subscripción anual costará $ 5.—, como costó siempre. Pero el ejemplar de la calle se lo cobrarán a $ 0.60.
- No hagan caso de cuantos murmuran escandalizados por nuestra crudeza. Júzguennos ustedes por ustedes mismos. Verán que somos bastante más limpios que los chistes de las jóvenes señoras sociales, cuando los gastan verdes.
- Si desea conservar los 15 primeros números encuadernados en un volumen de 700 páginas, solicite precios a nuestra Administración:

  Sr. Administrador de SOLIDARIDAD
  Sarmiento 412 - Piso 1º
  Buenos Aires

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01471 6932
FOR LIBRARY USE ONLY